

BOLSILLOS
BRUGERA

PUNTO
ROJO

REGRESO A LA MUERTE

Burton Hare

SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS



BOLSILLOS
BRUGERA

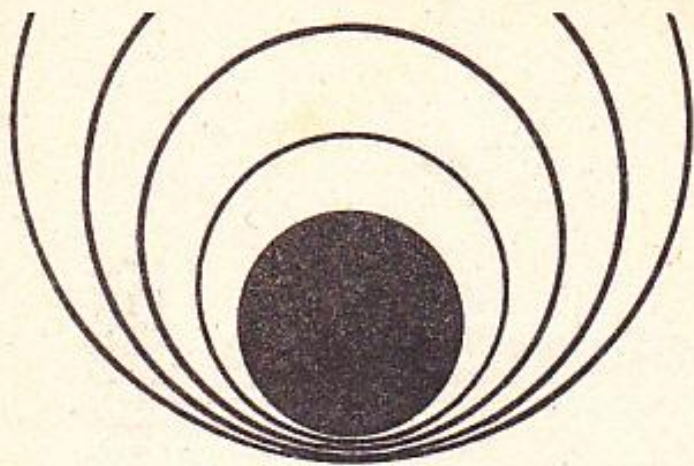
PUNTO
ROJO

REGRESO A LA MUERTE

Burton Hare

SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS





PUNTO ROJO





BURTON HARE

REGRESO A LA MUERTE

Colección PUNTO ROJO n.º 1.072 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA
EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.683 — Tráfico de sangre y fuego.

En Colección PUNTO ROJO:

1.069 — Candidato para el infierno.

En Colección LA HUELLA:

130 — El funeral de las ratas.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 30.554-1982

Impreso en España - Printed in Spain

a

1.

edición: noviembre, 1982

a

2.

edición en América: mayo, 1983

© Burton Hare - 1982

texto

© Porrón -1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.

A. Camps y Fabr s, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vall s (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

El letrero de la estación ostentaba el nombre que yo había esperado ver durante casi dos mil millas:

«GARDENVILLE» (1).

(1) Ciudad Jardín.

Había llegado.

El tren reanudó la marcha y pronto se perdió de vista detrás de una cerrada curva.

Arrojé el cigarrillo a la vía, tomé la maleta y busqué la salida andando sin prisa alguna.

Los últimos pasajeros que habían hecho el viaje conmigo se apresuraban a tomar los taxis que todavía quedaban en la parada. Yo no me apresuré. ¿Para qué? Tenía todo el tiempo del mundo para mí solo.

Contemplé la espaciosa plazoleta que se abría delante de la estación. Había en ella copudos árboles centenarios, arriates de flores bien cuidadas como para justificar el nombre de la ciudad, y poca luz. Los faroles estaban espaciados unos de otros, y dos de ellos no funcionaban.

Dejé otra vez la maleta en el suelo y prendí fuego a un segundo cigarrillo. Así que estaba en Gardenville, me dije; se suponía que yo debería conocer aquello perfectamente, por cuanto sólo habían pasado siete años desde que huyera de allí... pero nada de cuanto contemplaba me era conocido, ni siquiera despertaba la sombra de un recuerdo en mi mente.

En el lado opuesto de la estación, las luces de un bar se derramaban sobre la acera como una mancha de aceite. Supuse que tendrían whisky sin adulterar y estaba intentando decidirme a comprobarlo, cuando una silueta alta y negra surgió de las sombras, a mi izquierda, y se materializó en forma de gigantón vestido de gris, con un sombrero echado sobre la nuca y unas facciones que no tenían nada de risueñas.

—Lleva usted más de cinco minutos ahí, plantado como un poste. ¿Qué le pasa, ha perdido el tren?

Exhalé una larga bocanada de humo.

—Acabo de llegar —respondí.

—¿Sí?

Arrojé el cigarrillo. Contemplé la parábola de chispas hasta que se esparció por el suelo.

—¿Qué le preocupa, compañero? —le increpé sin elevar la voz ni hacer ningún movimiento—. Estoy tratando de decidirme, eso es todo.

—¿Decidirse a qué?

—Mire, Mac, lárguese —dije—. No me gusta su cara.

Tomé la maleta. Probaría el whisky a pesar de todo.

Pero una mano como una garra cayó sobre mi brazo y me detuvo.

—Estuve observándole —dijo el tipo—. Tiene el aspecto de un palurdo sin un centavo en el bolsillo, de manera que será mejor que tome el primer tren y se largue de aquí sin buscar dificultades. Pasará uno antes de media hora.

—Puede tomarlo usted y largarse al infierno con él.

—Sí, bueno; pero no haga que tengamos que echarle. Los vagabundos nos disgustan,

¿sabe? Esta es una ciudad de turistas. Los pobretones la desacreditan.

—¡No me diga! Ya me parecía a mí que usted tenía cara de potentado... ¿Cuánto le pagan, Mac? Un poli no tiene un gran sueldo que yo sepa...

Eso le dolió. Su garra en mi brazo hincó un poco más las uñas y el tipo gruñó:

—Ya le he advertido. Si vuelvo a tropezarme con usted, le echaré a patadas.

—¿Por qué?

—¿Cómo?

Me eché a reír. Sin prisas, el fulano desabrochó su holgada chaqueta

de verano y hurgó en un bolsillo. Al mismo tiempo me permitió admirar la negra culata de su revólver de reglamento.

Su credencial de policía no se diferenciaba mucho de otras que yo había contemplado en distintos lugares.

Tan pronto se hubo asegurado de que yo la había leído, se la embolsó y gruñó:

—El tren llegará en veinte minutos, más o menos. Tómelo y busque un vertedero donde meterse. Eso es todo.

Giró sobre los talones y se alejó. Estuve siguiéndole con la mirada hasta que le vi entrar en el bar. Entonces tomé la maleta y fui en busca del whisky.

El policía estaba acodado en el mostrador y el mozo acababa de colocarle delante un gigantesco vaso. El poli lo tomó, engulló un par de sorbos y el vaso quedó vacío. Entonces me descubrió a través del espejo que había al otro lado de la barra y su cuerpo se envaró.

Sin hacerle ningún caso, me encaramé a un taburete, pedí un whisky doble y agua, por separado. Podía captar los abultados ojos del policía examinándome a través del espejo, pero no hice nada para demostrar que me había dado cuenta.

El mozo colocó el pedido sobre el mostrador, se enderezó y cantó con voz monótona:

—Uno con cincuenta, señor.

—Precio de turista, ¿eh?

Me enseñó los dientes en una sonrisa profesional. Saqué un rollo de billetes del bolsillo del pantalón y su sonrisa se esfumó. El policía pegó un respingo y sus ojos se desorbitaron, clavados en mi capital.

Saqué una de diez dólares, enrollé los restantes con la goma y los guardé en el bolsillo después de asegurarme que el poli había podido contemplarlos a placer.

Mientras el mozo manipulaba en la caja, aproveché para beber todo el whisky de un solo trago. Detrás del ardiente licor bebí el agua y mi cuerpo recobró casi toda su estatura después del tratamiento.

Dejé los cuarenta centavos sobre el mostrador. El mozo volvió a

enseñarme los dientes.

Dije:

—¿Puedes pedirme un taxi por teléfono, chico?

—Seguro.

Se alejó al trote para cumplir el encargo. El poli seguía muy interesado por mí, pero a través del espejo. Tenía profundas arrugas en la cara causadas por su esfuerzo mental.

Seguro que trataba de catalogarme, o tal vez mi cara le recordase algo... otros tiempos...

Dejó que pasaran unos minutos, pero finalmente saltó del taburete y vino a colocarse a mi lado.

—Estoy tratando de recordar donde he visto su cara —gruñó.

—Tiene una memoria fatal, Mac. Hace diez minutos me ha soltado un discurso en las escaleras de la estación.

—No se haga el chistoso. Usted no es la primera vez que viene a la ciudad, ¿eh?

—En realidad, nací aquí hace treinta y cinco años.

—Ya veo...

—Pero han pasado siete desde que me largué. ¿Satisface eso su curiosidad profesional?

Se encogió de hombros.

—Cualquiera puede equivocarse. ¿Cuál es su nombre?

—¿Y el suyo?

—Draper.

—Bueno, no es para estar orgulloso de él...

Su rostro se congestionó, sin embargo se contuvo porque estaba desconcertado. Ya no sabía en qué categoría encasillarme y eso no le gustaba.

El mozo me hizo una seña y anunció:

—Tiene un taxi frente a la puerta, señor.

—Okey —salté del taburete, agarré la maleta y deteniéndome un instante junto al poli dije—: No se esfuerce más, compañero, mi nombre es Milton...

Lo dejé allí, más preocupado que nunca.

El taxista era un hombre de unos cincuenta años. Llevaba un cigarrillo colgado en la comisura de la boca y no parecía nada feliz.

—¿Conoce usted el bar de Payson?

—Sí. Es una taberna.

—Ajá, lléveme allá.

Maniobró el coche y ladeó la cabeza para refunfuñar:

—Creí que tendría que llevarle a un hotel...

—Después.

—El «Royal» es de lo mejorcito que tenemos...

—Quiero alojarme en el Splendid —le atajé.

—Oh, bueno.

Ya no despegó los labios. Nos internamos por la ciudad. A medida que nos alejábamos de la estación todo aumentaba de categoría. Los edificios, los comercios que mantenían los escaparates iluminados, los bares y las aceras llenas de gente ataviada con ligeros vestidos de verano.

Después, el taxi torció en dirección al mar y las calles se estrecharon. Aquella era la parte vieja de la ciudad, la que existió desde los tiempos de la colonización hasta que Gardenville se convirtió en un lugar de placer y creció encaramándose por las suaves laderas de las colinas.

—Hemos llegado —anunció el taxista.

—Espéreme.

El bar de Payson era realmente una taberna, pero limpia y decorada

precisamente para que todo su aspecto fuera el requerido por una taberna de puerto.

No había mucha gente a aquella hora, no obstante observé que los parroquianos eran todos de mediana edad, alegres y vocingleros. La mayoría estaba sentado alrededor de las pequeñas mesas rústicas. Al final del mostrador se encontraba un hombre de unos

sesenta años, cabellos grises y revueltos, rostro cubierto y tostado por el sol y ojos muy azules. Era ancho de hombros y llevaba las mangas de la camisa arrollada hasta más arriba del codo, dejando ver unos brazos velludos y morenos. En la muñeca derecha lucía un tatuaje representando un busto de mujer de pequeño tamaño, asombrosamente nítido.

Payson.

El viejo Payson.

Aquel hombre había venido preocupándole a lo largo de mi viaje.

Sus ojos cayeron sobre mí tan pronto pasé la puerta. Se abrieron con asombro y por poco no se cayó del taburete que ocupaba detrás de la caja.

—¡Matt!

Su exclamación apenas si se oyó porque su voz resultó ahogada y débil por el estupor.

—¿Cómo está, Sam? —dije, avanzando hasta colocarme frente a él.

Su mirada me recorrió de arriba abajo, escrutadora, con infinito asombro.

—¡Matt! —repitió entrecortadamente—. ¡Por todos los diablos, muchacho!

—No ha cambiado usted nada, Sam.

—¿Qué? No poco. Tú sí que estás igual... ¡Maldita sea! Quién podía imaginar que ibas a volver...

De repente saltó del taburete, pasó por debajo de la trampilla que cerraba el mostrador y salió disparado. Un instante después sus nervudos brazos me abrazaron y su voz fue un murmullo junto a mi oído.

—No habrás venido para quedarte, ¿eh, Matt?

—¿Por qué no?

Se apartó lo justo para ver si me burlaba de él. Luego gruñó:

—Bueno, tú sabes... No te han olvidado en estos años. Ni creo que te olviden jamás.

—¿Cree que eso es muy importante?

Acabó de separarse y se acodó de espaldas al mostrador.

—No trates de hacerte el gracioso, Matt. Te arrancarán la piel a tiras si tienen la menor oportunidad de hacerlo. ¿Por qué demonios se te ha ocurrido volver?

—Bueno... ésta es mi ciudad, Sam.

Desvió la mirada. Durante unos segundos sólo se preocupó en vigilar si alguno de los parroquianos nos prestaba demasiada atención, pero todos ellos parecían ocupados en sus propios asuntos, de manera que volvió a hablar entre dientes.

—Creo que te has vuelto loco, muchacho. Pero ya que estás aquí, algo habrá que hacer para evitar que te corten en rodajas. Tengo una habitación libre en el primer piso,

¿sabes? Estarás bien, Matt. Desde ella podrás contemplar el muelle de pescadores y...

—Olvídelo, Sam. Me alojaré en el Splendid.

Abrió la boca como si acabase de recibir un directo en el estómago. Cuando la cerró, las mandíbulas chasquearon igual que un cepo.

—Ahora es cuando estoy seguro que estás chiflado, Matt —estalló.

—Ya veremos. ¿Qué tal es su cerveza, viejo?

—Todavía recuerdas que era la mejor de todo este cochino pueblo, ¿eh?

Se metió tras el mostrador y él mismo me sirvió un gigantesco vaso de espumeante cerveza. El mozo se apartó de su patrón y no me miró siquiera.

—Vamos, pruébala, Matt —me animó el viejo—. Te apuesto que no la has bebido igual en siete años.

La probé. Estaba realmente buena y no hablé hasta que hube vaciado el vaso.

Entonces dije:

—Ya nos veremos, Sam. Sólo he querido verle antes que nada.

—¿Has dicho en serio que vas a alojarte en el Splendid?

—Naturalmente.

Meneó la cabeza de un lado a otro como si sintiera lástima de mí.

—Como quieras —refunfuñó al fin—. Es tu pellejo el que arriesgas, Matt.

—Precisamente.

Estreché su mano de recia piel. Durante unos segundos permanecimos mirándonos fijamente. El desvió los ojos y yo giré sobre los talones y salí de la taberna con una extraña opresión en la boca del estómago.

El viejo Sam... me había reconocido.

CAPITULO II

El botones del hotel Splendid se embolsó la propina y dijo:

—Cuando necesite usted algo no tiene más que llamarme. Puedo traerle cualquier cosa que necesite.

—¿Como qué?

—Todo.

—¿Qué es «todo» en este pueblo, chico?

—Bueno, ya sabe... whisky, mujeres, partidas de dados. Hasta marihuana, si eso le gusta.

—Caray, con el surtido que tienes. Lárgate de aquí, amigo, antes de que me convenzas.

Estoy demasiado agotado esta noche.

—¿Mañana?

—Ya veremos.

—Puedo proporcionarle las mejores chicas de la ciudad...

Cuando vio que avanzaba hacia él con cara de pocos amigos, salió disparado y cerró la puerta. Gente lista la de Gardenville.

La ducha se llevó todo el polvo acumulado durante casi dos mil millas de viaje y me dejó fresco y reanimado. Después me vestí y estaba poniéndome la chaqueta cuando alguien llamó a la puerta como si tuviera prisa.

Abrí y me encontré al grandullón que ya conocía y a otro tipo parecido, pero cuya cara era de facciones regulares y ojos extremadamente vivos. No obstante, tan pronto me vio hizo una mueca y su rostro se cubrió de púrpura. Se congestionó como si estuviera al borde de un ataque.

—Así que es cierto —gruñó con voz ronca.

—Ya se lo he dicho —graznó el otro—. El mismo me ha anunciado que su nombre es Milton...

—Soy el teniente Kane —se presentó el de rostro congestionado por la ira—. Quiero hablar con usted, Milton.

—Tendrán que esperar —dije.

Les di con la puerta en las narices y corrí el cerrojo. Instantáneamente comenzaron a golpear con violencia, pero no les hice caso y descolgué el teléfono. Consulté un número de una pequeña lista que llevaba en el bolsillo, lo marqué y esperé, temiendo que aquel par de energúmenos derribasen la puerta de un instante a otro.

Al fin, una voz de hombre preguntó algo a través del auricular. No perdí ni un segundo y le espeté de carrerilla:

—Escuche, Nash; le habla Matt Milton desde el hotel Splendid. Tengo a la policía en la puerta y van a llevarme a la Central, de manera que espáblese y consiga un mandamiento de *habeas-corpus* para sacarme de allí esta misma noche...

—¡Matt Milton! —chilló el abogado—. ¡No puedo creer que se haya atrevido a volver...!

—Estoy aquí. Haga lo que le he dicho.

—¿Qué policías están ahí?

—El teniente Kane. El otro creo que se llama Draper o algo así.

—Sargento Draper... mal asunto.

—Van a echar la puerta abajo si me entretengo más. Nos veremos en la Central, Nash.

Colgué de golpe, encendí un cigarrillo y entonces cesaron los golpes en la puerta. Uno de ellos iba en busca de la llave maestra.

Abrí la puerta repentinamente. El teniente Kane casi pegó un salto atrás. Estaba solo, pero a cierta distancia algunos huéspedes contemplaban la escena, alarmados por el estrépito.

—Ahora puede pasar —dije.

—¡Maldito sea, Milton! —bramó el policía—. Si trata de burlarse de mí...

—Sólo necesitaba hacer una llamada telefónica, eso es todo. Pase si quiere.

El sargento Draper apareció, jadeando. Traía una llave y pareció desilusionado al ver que la puerta estaba abierta.

—Va a venir con nosotros, Milton —anunció el teniente con los dientes apretados—, Y

le advierto que no intente ninguna de sus tretas o le volaré los sesos sin vacilar. He esperado siete años para poder hacerlo... y sólo me falta el pretexto.

—Bueno, no crea que vaya a darle facilidades, teniente.

Me empujaron fuera de la habitación. Realmente, yo había sabido que sucedería eso desde antes de emprender el viaje. No obstante, me sentí impresionado por el mortal odio que destilaba la mirada del teniente Kane. No era difícil advertir en sus ojos las ansias de matar que llenaban por entero su mente.

Tenían un coche delante de la entrada del hotel. Kane esperó a que su compañero subiera, luego me lanzó a mí sobre el asiento y él que instaló el último. El chófer policíaco puso en marcha el vehículo y nos

encaminamos a la Central.

El sargento Draper gruñó:

—Este tipo está chiflado, teniente. Viene y me informa de su nombre. Luego se queda en el hotel esperando que vayamos a echarle el guante...

—Se cree listo —farfulló el teniente—. Nosotros le demostraremos que no lo es tanto como cree.

—¿De qué piensa acusarme, teniente? —intervine.

Dejó escapar algo que quería ser una carcajada, pero que sonó lo mismo que una lima sobre una barra de hierro. El hombre estaba al borde del estallido.

—Ya lo verá, Milton... ahora cierre esa boca hasta que le ordene hablar.

—Bueno.

No cabía duda de que mi llegada había causado más de un alboroto. En la sala de Prensa del edificio policíaco, se amontonaban siete u ocho reporteros y fotógrafos. Todos ellos soltaron exclamaciones de alborozo cuando entramos y los chispazos de sus cámaras centellearon ininterrumpidamente hasta que los policías me arrastraron por un pasillo, obligándome a entrar en el despacho del teniente Kane. Este cerró la puerta y las voces indignadas de los periodistas se esfumaron.

—Puede decirse que he vivido estos siete años solamente para ves este momento, Milton —dijo el teniente.

—Todavía no me ha dicho por qué me ha traído aquí.

Eso lo dejó mudo. Seguramente era algo demasiado monstruoso para él, o tal vez creía que tenía que habérselas con un tipo medio majareta; el caso es que durante unos segundos se quedó sin habla.

Después, con voz que temblaba de furia, estalló:

—Sigue siendo el bastardo más cínico de cuantos he conocido, Milton! No sabe de qué voy a acusarle, ¿verdad? ¡Qué ingenuidad!

Detrás de mí, el gigantesco sargento Draper dejó escapar una risita que apenas si logró interrumpir a su jefe. Kane añadió en el mismo tono:

—La acusación es de asesinato en primer grado, tipo listo. Un asesinato cometido hace siete años, pero que nadie ha olvidado todavía ni lo olvidará jamás.

Se quedó de pie ante mí, como esperando un aplauso. Yo dije:

—Sólo tiene que probarlo, teniente.

—¡Claro que lo probaré! Ya le he dicho que no es usted el hombre inteligente que creer ser. Seguro que ha olvidado que tenemos el revólver con que se cometió el crimen, ¿eh, Milton?

—Puede ponerlo en un museo. Es todo lo que sacará de ese revólver.

Su rostro se congestionó otra vez, cerró los puños y avanzó un paso dispuesto a aplastarme.

—O está chalado como opina el sargento, o piensa que somos idiotas. En el revólver estaban sus huellas dactilares, gran hombre. Las comprobamos con todas las que sacamos de su apartamento, con las del volante de su coche y con las que estaban registradas en su solicitud de licencia de conducir. Son sus huellas, Milton, sin la menor duda. Y el revólver era suyo, registrado a su nombre, y usted fue lo bastante imbécil como para abandonarlo en el lugar del crimen. Haré que se lo trague esta vez con sus huellas y todo, hijo de perra. No podrá balar a ningún otro policía cuando yo acabe son usted.

—Bueno, trate de probarlo —repetí con calma.

El color huyó de su rostro. Dijo:

—Comprendo... Quiere burlarse de nosotros antes de terminar. Bueno, le daremos gusto...

Su puño derecho subió como una centella. Afortunadamente yo había estado aguardando aquel instante desde el principio. Había demasiado odio en sus ojos y en su voz para que no acabase perdiendo los estribos, de manera que pude esquivar el impacto por una pulgada y retrocedí de un salto.

—¡Cuidado, teniente! —le advertí—. Repita eso y nos sacarán a todos de aquí en camilla.

Bramó como una bestia enfurecida y se lanzó sobre mí. Cometió la equivocación de dejarse cegar por el odio, así que sólo necesité ladearme un poco y su segundo puñetazo se perdió en el aire. Pero el

mío, mejor calculado, le cazó en un lado de la cabeza, sobre el oído, y Kane salió volando hasta estrellarse en su propia mesa. Su aullido se perdió en un gorgoteo doloroso, mientras caía de rodillas.

El sargento Draper perdió un tiempo precioso antes de reaccionar, pero el estupor es algo que uno no puede controlar a voluntad. Cuando logró ponerse en movimiento ya me había dado la oportunidad de tomar la iniciativa.

Era un hombre demasiado duro y grande para andarse con chiquitas, pensé, y le golpeé fuerte en el estómago, sólo para que agachase la cabeza. Entonces le propiné un golpe en el cuello con el borde de la mano, respaldado por todo mi peso. Eso resultó excesivo incluso para un poli tan grande como él. Pegué con tanto impulso, que por poco no lo

maté.

Cayó igual que una res apuntillada, dio una vuelta sobre sí mismo y quedó quieto, arañando el suelo con las uñas y luchando por respirar.

Me dije que no estaba mal como principio. Lo importante era ganar tiempo hasta que llegase Hubert Nash, el abogado que yo tan bien debiera conocer.

Estaba pensando en eso y contemplando los agónicos esfuerzos del sargento para introducir aire en sus pulmones cuando el mundo se abatió sobre mi cabeza. Fue un impacto tan demoledor, que apenas si me dio tiempo para notar dolor alguno, puesto que pasé de la vida a la muerte en un solo segundo.

CAPITULO III

Una marea negra. Olas implacables saltando, atropellándose unas a otras, lanzándome contra unos oscuros riscos donde los golpes repercutían dentro de mi cerebro.

Y silencio. Un silencio inmenso, estremecedor. Aquella tempestad no producía el menor ruido, ni un rumor...

Después, un murmullo, unas voces. Y de repente, un tremendo tumulto en mi mente. Y

más voces, más dolor... y oleadas de náuseas..., al mismo tiempo, la sensación de que a uno le desgarran el cráneo...

Finalmente, una voz nítida y clara:

—Es asombroso. Debería tener la cabeza partida en dos pedazos.

Realmente, ésa era mi impresión a medida que recobraba el conocimiento. Era tanto el dolor, que parecía imposible que fuera producido por una sola herida.

La misma voz comentó:

—Si no hay complicaciones, creo que en un par de días habrá desaparecido todo peligro.

—Eso no me preocupa ahora, doctor —intervino otro—. Necesito que esté en condiciones de comparecer ante el juez, lo demás no importa.

Esa era la voz del teniente Kane, sin duda alguna.

El médico gruñó algo que no entendí. Luego añadió:

—Opino que se ha extralimitado usted, teniente. Ese golpe podía haber matado a ese hombre.

—Es un asesino, doc.

—Eso lo decidirá el jurado en todo caso. Para mí es un ser humano.

—Oh, bueno, no discutamos por esa tontería. ¿Cree que él ha pensado en el daño que podía causarnos al sargento o a mí cuando nos ha golpeado? Tengo la cabeza hueca todavía y los oídos me zumban como un tren expreso. Fíjese en Draper, su cara aún sigue de color morado.

Yo balbucí entre dientes:

—Esa es una gran noticia.

Hice esfuerzos para contener las náuseas y logré sentarme en la mesa de curas. Los tres hombres se quedaron tiesos, mirándome.

El teniente estaba pálido como un cadáver. Parecía más viejo. El sargento Draper estaba realmente morado y respiraba con evidente dificultad.

En cuanto al médico, era un hombre joven y de ojos vivos e inteligentes detrás de sus gafas. No había ninguna expresión en su cara mientras me miraba con cierta alarma.

—¿Qué me ha puesto en la cabeza, doctor? —refunfuñé, palpando la especie de turbante que coronaba mi pelambrera.

—Mañana podrá quitarse el vendaje y sustituirlo por un apósito adhesivo. Si acude a mi consulta yo mismo se lo cambiaré.

—Muy amable...

El teniente avanzó belicosamente. Su voz destilaba odio cuando dijo:

—Le haré pedazos antes de terminar con usted, Milton.

—Sé que lo hará... si puede. ¿Qué sigue ahora, sabueso?

Apretó las mandíbulas y consiguió contener su furia a duras penas. El médico cerró su maletín, echó un vistazo a su alrededor y finalmente me advirtió:

—Deberá tener cuidado durante unos días. Le he colocado cuatro puntos de sutura en ese boquete.

Giró sobre sus talones y salió del despacho. Al abrirse la puerta, y durante el tiempo que tardó en cerrarse de nuevo, llegaron hasta mí las voces destempladas de los reporteros.

Pude apreciar que me habían trasladado a una habitación equipada como quirófano de urgencias. Después de todo, era de agradecer que se tomaran tanto interés por mantenerme en condiciones de ser estrujado.

Un gruñido precedió a la voz del sargento cuando masculló:

—¿Qué hacemos con esos «ensuciacuartillas» de ahí fuera, teniente?

—Que se vayan al diablo. Bajaremos al sótano por la escalera de atrás. Quiero mostrarle a este hijo de perra lo que le espera. Vamos, empiece a andar.

Eso era más fácil decirlo que ponerlo en práctica. Mis piernas vacilaron cuando las cargué con todo el peso de mi cuerpo. La garra del sargento se encargó de mantenerme vertical, y todos salimos por una puertecilla que comunicaba con un oscuro pasillo. Al bajar las escaleras, Draper necesitó emplearse a fondo para evitar que yo las descendiera rodando.

Me llevaron a una habitación destartada en la que solamente había una mesa deslucida y dos sillas, además de un archivador metálico

adosado a un lado de la puerta.

Draper se dejó caer en una de las sillas y yo en la otra. Mis piernas se negaban a sostenerme un sólo momento más.

El teniente abrió el archivador. Revolvió entre los papeles que contenía y extrajo un dossier de regular tamaño, que dejó sobre la mesa. El sargento abandonó su silla para cedérsela a su jefe.

—Ahí tiene, bastardo —gruñó Kane—. El historial de su crimen. No tiene escapatoria.

No dije una palabra. El abrió la carpeta y sacó unas cartulinas amarillentas.

—Esas son las huellas encontradas en el revólver asesino —explicó con los dientes apretados—. Y éstas otras las «levantadas» del volante de su coche. Y estas las que encontramos en su apartamento, en su pluma estilográfica, en los muebles, en su portafolios... incluso las dejadas por usted en sus botellas de licor... ¿Qué le parece?

Contemplé la colección de cartulinas. Parecían un juego de cartas esparcidas sobre la mesa y, sin embargo, contenían la colección de huellas dactilares más claras que un policía podía ambicionar.

Seguí callado, preocupado por los dolorosos latidos de mi cabeza. Me daba la impresión de que estaba creciendo de tamaño a cada pulsación. Me pregunté cuánto tardaría en estallar.

Ante mi silencio, el teniente sacó una copia fotostática de mi licencia de conducir y la depositó junto a las fichas dactilares.

—En esta licencia hay sus impresiones digitales, Milton. Hasta un aficionado podría darse cuenta de que son idénticas a las descubiertas en el revólver y en sus pertenencias...

Me incliné hacia adelante, interesado. La fotografía de la licencia estaba tan nítida como las huellas. Mi propia cara me contemplaba desde el papel. Sentí un

estremecimiento y me eché hacia atrás.

El remachó:

—Por si fuera poco, bastardo, tenemos la declaración firmada de un testigo que le vio a usted entrar en casa del teniente Cruze menos de

quince minutos antes de su muerte. Me gustará ver cómo se zafa de todo esto delante del jurado.

Eso era nuevo para mí. Traté de distraerme pensando en otras cosas mientras dejaba pasar el tiempo. Pero una creciente inquietud hacía presa en mí, a medida que pasaba el tiempo sin que apareciera el abogado.

El teniente se enderezó, sacó un cigarrillo y le prendió fuego, satisfecho de cómo estaban las cosas. Después añadió, casi rechinando los dientes:

—Le juro que el día que entre usted en la cámara de gas, será el más feliz de mi vida, Y

yo estaré para verle morir, Milton. Le observaré a través de! cristal hasta que acabe de ahogarse y no habrá fuerza humana capaz de impedírmelo.

—Soñar no cuesta dinero, teniente —dijo con calma.

Una vez más, su rostro se congestionó. Me pregunté por qué demonios me odiaba tanto. Podía sentir aborrecimiento hacia mí, o mejor dicho, hacia el asesino de un policía, pero no hasta semejante extremo, rayano en la vesanía.

Como si adivinara mi pensamiento, masculló:

—Usted asesinó a mi mejor amigo, casi un hermano, Milton. Entonces juré que acabaría con usted por cualquier medio, y lo juré delante del cadáver de Jay Cruze. He necesitado siete años para que usted cayera en mis manos, pero ahora no escapará.

—Creo que está usted perturbado, teniente —comenté con indiferencia—. Pero supóngase que el jurado me declara inocente...

—¿Qué?

—Es una posibilidad.

—Usted está muerto, Milton —silbó entre dientes—. Le declararán culpable sin duda alguna. Pero aún en el caso de que no fuera así, yo le he condenado ya. Le mataré tan pronto abandone la sala del tribunal, si es que consigue embaucar a los jurados.

—Ya veo...

Detrás de mí sonó la risita sardónica del sargento. El hombre se divertía imaginando mi ineludible final.

Kane dio una larga chupada al cigarrillo antes de aplastarlo en un cenicero. Después, mientras expulsaba el humo con lentitud, abrió un cajón, sacó una botella de tinta de imprenta, un pequeño rodillo y un tampón de goma.

—La última formalidad antes de empezar con el tercer grado, Milton —anunció triunfalmente—. Sus huellas dactilares.

Pensé en el abogado y maldije para mis adentros. Había cometido un error al dejarme cazar tan pronto, sin haber hablado antes personalmente con el picapleitos. Podía sentir-me satisfecho de haberlo echado todo a rodar desde un buen principio.

El teniente dejó caer unas gotas de tinta sobre el tampón de goma. Tomó el rodillo y procedió a esparcirla de manera uniforme, con calma, sin prisas, recreándose en la tarea, casi relamiéndose como un gato ante un ratón indefenso. Para él, aquellos minutos eran la culminación de su triunfo. El premio por haber mantenido su odio durante siete largos años...

Al fin quedó satisfecho de su tarea y dejó el rodillo encima de un papel protector. Sus labios se distendieron en una mueca y, en aquel instante, alguien golpeó la puerta con impaciencia.

—¡Pase! —ladró Kane, molesto por la interrupción.

Un guardia de uniforme abrió la puerta. Recorrió la escena con un vistazo y anunció:

—Arriba está el abogado Nash, teniente. Trae un mandamiento de *habeas-corpus* e insiste en ver inmediatamente a ese tipo Milton.

Kane estuvo en un tris de caerse de espaldas. Farfulló un juramento y gritó:

—¡Mándelo al diablo! No quiero verlo.

—Eso mismo he supuesto que diría usted, teniente —exclamó una voz detrás del guardia.

Este pegó un respingo. Rápidamente, el picapleitos se coló por la puerta exhibiendo un papel impresionante en la mano. Su ancha sonrisa se me antojó un amanecer después de una noche de

tormenta...

Los policías se quedaron mudos de estupor. El abogado dejó el papel cuidadosamente sobre la mesa, le dio unos golpecitos con la punta del dedo índice y explicó con voz profesional:

—Este documento está en regla, teniente. Firmado por un juez y presentado formalmente por un letrado. Será mejor que le eche usted un vistazo si lo duda, porque desde éste mismo instante el detenido queda bajo mi asesoramiento legal.

Después de semejante parrafada reinó un silencio en el que hubiera podido oírse el vuelo de una pluma. El rostro de Kane era todo un poema de ira, furor y algunos sentimientos más, todos ellos explosivos. Llegué a creer por un instante que, impulsado por su ciego odio, iba a golpear al abogado.

Este se acercó a mí completamente tranquilo.

—¿Qué le ha pasado en la cabeza, Milton? —indagó.

—He sufrido un accidente.

—¿Sí? —miró de reojo al teniente—. ¿Qué clase de accidente?

—Un tropezón... contra la culata del revólver del teniente.

Su rostro se ensombreció.

—Haré constar semejante atropello en mi escrito de cargos, teniente —amenazó—.

Llegaré hasta donde sea preciso para que semejantes atropellos no puedan producirse en lo sucesivo. También informaré a la prensa del trato que se ha dado a mi cliente y...

—¡Cállese!

El estallido de Kane semejó un ladrido. El picapleitos cerró el pico y apenas si pudo disimular una sonrisa. Todo le parecía de perlas para su futura actuación.

Kane tragó saliva y tomó el documento de un zarpazo. Sólo le dedicó un ligero vistazo y volvió a dejarlo con tanta precipitación como si estuviera contaminado de viruela.

—Si cree que voy a soltar a este criminal está usted loco, abogado —

farfulló, dominado por el furor.

Nash esbozó un ademán de indiferencia.

—Tal vez yo esté loco —dijo—, pero no me cabe ninguna duda de que su manera de proceder está poniendo en mis manos todos los triunfos para obligarle a presentar la dimisión. Le exijo que presente una acusación formal contra mi cliente con todos los

requisitos de la ley; en caso contrario, Matt Milton saldrá de aquí ahora mismo y conmigo. ¿O piensa fijar una fianza para dejarlo salir, Kane?

Este sabía que no estaba en su mano hacerlo. Pero sí podía decidirse por encerrarme y presentar la acusación en toda regla, entregando el caso al fiscal. Sin embargo, había algo en alguna parte que le desconcertaba y le hacía temer que el caso no estuviera tan redondo como él imaginaba.

Cuando habló, su voz había perdido una buena parte de su arrogancia.

—Sabía que era usted un picapleitos marrullero y cargado de trucos, Nash —dijo—, pero jamás pude pensar que fuera de tan baja estofa. Usted sabe perfectamente que Milton es un asesino. El asesino de un policía, del teniente Jay Cruze...

—Cuidado, teniente —le advirtió Nash, tajante—. Falta demostrarlo delante de un jurado, de manera que puede usted verse en un aprieto si continúa vertiendo esos juicios temerarios y difamatorios. Por lo que recuerdo de este caso, todas las evidencias que poseen ustedes de la culpabilidad de i cliente se limitan a pruebas circunstanciales.

Incluso algunas ni siquiera llegan a eso, de manera que no creo que el fiscal se sienta feliz de presentarse ante el tribunal en estos momentos y con sólo ese bagaje entre sus manos.

El sargento Draper dejó escapar una especie de gemido. Había perdido las ganas de reír. Con voz débil propuso:

—Teniente, podemos encerrarlo por agresión a la autoridad. Usted y yo hemos sido víctimas de su violencia.

Kane le fulminó con la mirada. Mi cabeza, con el turbante de vendas, sería un grave *handicap* para hacer prosperar semejante acusación.

El abogado consultó su reloj de pulsera y anunció:

—Si no tienen nada más que decir, caballeros, voy a llevarme a mi cliente.

—Todavía no lo hemos interrogado —protestó Kane.

—Hágalo ahora y en mi presencia. Responderá a todas las preguntas que yo le autorice.

Adelante, teniente.

Los dos policías sabían que estaban vencidos a menos de tomar la decisión más arriesgada para ellos: encerrarme desafiando al abogado y a la Prensa, que el picapleitos se encargaría de azuzar contra ellos. Pero encerrarme con sólo las evidencias que poseían podría traer serios quebraderos de cabeza al fiscal, lo cual, a la larga, repercutiría también sobre el teniente. No le envidié la papeleta.

De repente, su mirada recobró el fulgor que le caracterizaba. Cuadró los hombros, como el que acaba de tomar una decisión importante, y encarándose con el abogado, le espetó:

—Okey, picapleitos. Puede llevarse a su protegido. Voy a dejar que él mismo se coloque la soga al cuello y espero que los dos se ahorquen a un tiempo.

Nash parpadeó, pero ésa fue toda su demostración de sorpresa. Antes de que pudiera hablar, Kane añadió:

—Usted tiene razón, maldito marrullero. Sólo tenemos evidencias circunstanciales.

Pero basta un testigo que sitúe al acusado en el lugar del hecho, para que esas evidencias se conviertan en pruebas de cargo.

—Poco más o menos —concedió Nash a regañadientes.

—Tenemos ese testigo, abogado. Y su declaración firmada.

—La declaración escrita va a servirle de muy poco al tribunal.

—Ya lo sé. Por eso voy a dedicarme a buscar al testigo en cuestión y cuando lo haya localizado, volveremos a hablar usted y yo, Nash. Veremos entonces cual es su canción.

—¿Dónde está ahora ese testigo? —indagó el abogado con aire indiferente.

Kane se echó a reír.

—Aunque lo supiera no se lo diría, tipo listo. Lo único que sí puedo decirle es que se marchó de aquí hace un par de años... pero lo encontraré aunque esté en las antípodas. Y

ahora, largo de mi vista.

El guardia nos abrió la puerta y nos contempló mientras salíamos uno al lado del otro.

Ni el abogado ni yo despegamos los labios hasta encontrarnos en la calle, bajo las estrellas y andando por la acera a salvo de oídos indiscretos.

Nash gruñó:

—No me gusta eso, Milton.

—¿A qué se refiere?

—A ese súbito cambio del teniente Prepara una trampa, seguro. Todo el mundo está enterado del odio tremendo que le profesa... ¿Cómo demonios se le ha ocurrido volver aquí, Milton?

—Es largo de contar y ahora estoy demasiado agotado para explicaciones. Mañana hablaremos con calma, si le parece.

—Como guste. Pero he de advertirle que no se confíe usted o no podré hacer nada para ayudarle. Estoy seguro que Kane prepara una jugarreta sucia para agarrarle definitivamente. Y yo, apenas si conozco los detalles del caso... Es preciso que hablemos extensamente, si he de hacerme caso de su defensa.

—Mañana —repetí, cansado.

—Muy bien, estaré esperándole en mi despacho. ¿Puedo llevarle a alguna parte?

—Seguro. Primero a un médico, que me libre de ese turbante y lo sustituya por un parche más discreto. Luego podrá acompañarme al hotel.

Refunfuñó, pero abrió la portezuela de su rutilante Cadillac.

Respiré con alivio. No cabía duda que Nash había llegado en el instante preciso para evitar el cataclismo final. Afortunadamente, el

teniente y su ayudante se habían dejado llevar por su odio y éste les había cegado hasta el punto de desperdiciar una ocasión magnífica de hacerse con los triunfos de la partida.

No obstante, dentro de mi moderada euforia, no dejaba de reconocer que las cosas sólo habían empezado. Tan pronto Kane tuviera en sus manos la prueba definitiva...

Pero, hasta que eso sucediera, iba a tener otros quebraderos de cabeza de los que ocuparse. Ya me encargaría yo de proporcionárselos.

CAPITULO IV

Dormí de un tirón hasta que todo el sueño acumulado se hubo extinguido, llevándose con él el cansancio del interminable viaje y el agotamiento de mi encuentro con los policías. Sólo quedó el débil latir doloroso de mi cabeza, pero incluso eso era ya soportable.

Me asombró ver que mi reloj marcaba las siete de la tarde. Sin embargo, permanecí unos minutos más tendido sobre la cama, encendí un cigarrillo y pensé en mi actuación, en el teniente Kane y todo lo demás.

Recordé que le había prometido al abogado acudir a su despacho, pero quedaba tiempo para eso, así que no me preocupé mucho al respecto. Le di vueltas a los proyectos elaborados a lo largo del tiempo, recordé un nombre de mujer y ya no me sentí tan confortable en aquella cama. Seguí pensando en esto y aquello, en un tipo llamado Al Sodaro y en un teniente de policía muerto, y en un hombre al que tenía que matar y en...

Demasiadas cosas al mismo tiempo. Salté del lecho, me lavé tratando de no empapar de agua el apósito que llevaba en la nuca y después me vestí con ropa limpia.

Pocos minutos más tarde me encontraba en la calle, sumergido entre la riada de turistas que deambulaban por las aceras en busca de lugares de diversión, o los salones donde se jugaba en grande bajo una capa de respetabilidad, o quizá los lupanares de lujo controlados con mano férrea...

Entré en una cafetería y comí un gran filete, una montaña de patatas fritas y ensalada, lo regué todo con abundante cerveza y me sentí perfectamente en forma. Después de semejante ágape, llamé a un taxi y me hice conducir a la taberna del viejo Payson.

El ex-marido estaba detrás de la caja. Casi todas las mesas aparecían ocupadas y un camarero se apresuraba por entre ellas sosteniendo una bandeja por encima de sus cabezas en un alarde de equilibrio.

También en la barra se apiñaban los bebedores, pero incluso con todo ese ajetreo el viejo me descubrió tan pronto hube cruzado la entrada.

—He leído los periódicos, Matt —gruñó, cuando estuve junto a él—. ¿Cómo es que te soltaron?

—Una triquiñuela legal.

—Insinúan que hubo violencia en la detención, ¿es cierto?

Incliné la cabeza y le mostré el parche.

—Cuatro puntos de sutura —dije—. También un teniente recibió lo suficiente como para tener jaqueca durante unos días, y un sargento con dolor de garganta. Pero aparte de eso no sucedió nada desagradable. Diga al mozo que me sirva una cerveza, ¿quiere?

—Nunca creí que fueras tan estúpido, muchacho —rezongó por lo bajo. Esperó que su empleado colocara la cerveza junto a la caja antes de añadir—: No consigo entender qué te propones, Matt. He pasado toda la noche pensando en ello.

—Deje que yo me preocupe de estas cosas, Sam.

Bebí una buena parte de la cerveza helada. El no me quitó ojo de encima durante todo el tiempo, hasta que le dije:

—¿Puede usted dejar la caja durante un rato, Sam?

—¿Por qué?

—Necesito hablar con usted sin que nos molesten.

—Podemos subir. Termina tu cerveza y nos llevaremos un par de latas.

Sobre la taberna tenía su vivienda. Era cómoda y limpia y, tal como había dicho la noche anterior, podía distinguirse un magnífico panorama del cercano muelle de pescadores.

Infinidad de embarcaciones de pesca se balanceaban sobre las aguas quietas, la mayoría preparándose para zarpar. Comenzaban a encenderse las luces y su brillo se reflejaba en el agua. Era un paisaje bucólico que no parecía tener nada que ver con el resto de la ciudad, corrompida y viciosa, que era Gardenville.

El viejo Sam destapó las latas de cerveza y tras esto quiso saber:

—¿Vas a decirme ahora por qué has vuelto, Matt?

—No.

Resopló, pero no insistió, limitándose a beber. Yo hice lo mismo.

Luego dije:

—Quiero que me cuente todo mi pasado, Sam. Con todos los detalles del crimen y cuanto haga referencia a lo que sucedió antes de mi escapada. Por eso he venido a verle.

Estupefacto, quedóse con la mirada fija en mi cara, como si no diera crédito a sus oídos.

—¿Estás seguro de que te encuentras bien, muchacho? —balbuceó.

—Completamente.

—Pero, Matt... ¿por qué diablos he de contarte tu propia historia?

—Haga lo que le pido, Sam, por favor. Hágase cuenta que he sufrido un ataque de amnesia y que no recuerdo nada. No es difícil para usted.

Le costó acceder a lo que creía un absurdo, pero antes de iniciar el relato, murmuró:

—¿He de hablarte también de... de tu hermana, Matt?

—¿De Sally? Naturalmente.

Movió la cabeza de un lado a otro, completamente confuso. Luego habló y yo encendí un cigarrillo y me recosté en la silla dispuesto a escuchar.

—Me parece que te estás burlando de mí, Matt —dijo—, pero haré lo que desees, aunque no creo que deba empezar desde que te conocí, cuando apenas contabas cinco años...

—Olvídese de esos tiempos. Sólo me interesa lo relativo al asunto que acabó con la muerte de Cruze y todo lo demás.

—Bueno, en realidad todo comenzó cuando tu hermana se enamoró de Jay Cruze, aunque entonces nadie pudo sospechar lo que iba a suceder.

Me miró indeciso, pero como yo permanecía callado, fumando con calma, él prosiguió:

—Cruze era un teniente de policía íntegro, tal vez demasiado para una podrida ciudad como ésta. No sólo era honesto como policía, sino que seguía siéndolo en su vida privada y en sus convicciones. Bueno, tú le

conocías perfectamente, de manera que para qué voy a contarte cómo era Jay...

—Olvídese de mí y cuéntemelo como si yo fuera un extraño en este asunto, Sam.

—Está bien, como quieras... Jay, tu hermana y tú os conocíais desde niños, aunque a partir de cierta edad apenas si tuvisteis trato a causa de que la familia de Cruze se mudó a un barrio más céntrico. No obstante, Sally se enamoró de él cuando volvió a tratarlo, ya en sus veinte años... Y Cruze estaba enamorado de ella desde que eran unos mocosos,

aunque lo había callado siempre. Se prometieron, pero por alguna razón, él decidió no pregonar la noticia hasta poco antes de la boda, ¿no fue así. Matt?

Continué callado y él carraspeó, violento:

—Oh, bueno. Seguiré hablando —rezongó—: Sally era una chica alegre y vivaracha y ya sabes cómo le gustaban los bailes, las fiestas y el jolgorio, ¿no? En cambio, Cruze era aburrido en ese aspecto. Bueno, comenzaron a tener disgustos debido a eso y en una de las peloterías, Sally lo dejó plantado. Según se supo después, Jay estuvo todo un mes sin tener noticias de tu hermana... y las primeras que tuvo le hicieron saltar como un cartucho de dinamita.

Calló y dejó de mirarme a la cara. Aplasté los restos del cigarrillo en un cenicero y dejé vagar mi mirada por el laberinto de palos y redes que se balanceaban a la mortecina luz del puerto.

El viejo prosiguió al cabo de unos segundos.

—Alguien le fue a Cruze con el cuento de que Sally pasaba el tiempo con un tipo llamado Sodaro. Un hampón que nadie sabía de donde había venido, pero que estaba escalando posiciones en el hampa local. Era un pistolero muy listo, y ya que hablamos de eso, Matt, sigue siéndolo cada día más. Nadie sabe los millones que posee, ni el poder que ha acumulado en sus manos. Bien, volviendo a Cruze, tan pronto se enteró de esa noticia perdió los estribos. Todo el mundo sabe lo que es una chica que acepta la asidua compañía y los regalos de uno de esos bastardos... y Cruze no era ningún tonto.

Algo estaba arañándome las entrañas al escuchar esos detalles, pero aguanté firme y mantuve mis ojos a través de la ventana para que Sam no pudiera captar lo que ellos pudieran expresar en un momento

dado.

Y añadió:

—Cruze hizo algunas averiguaciones, comprobó que no le habían engañado y una maldita tarde fue a tu apartamento, con tanta oportunidad que llegó cuando estabas ocupado. Había allí todas tus amistades y las de Sally... y delante de toda esa gente, Cruze abofeteó a su novia y... en fin, muchacho, ya sabes lo que la llamó. Tras esa escena, Sally se desvaneció y él se marchó en medio del estupor de todo el mundo.

Respiró hondo, pero habló sin darse punto de respiro, como si tuviera prisa por soltar todo lo que le quedaba en su interior.

—Desde aquel día, Sally se volvió taciturna y amargada. Ya ño ocultó sus relaciones con Sodaro y cuando tú trataste de poner remedio a eso te encontraste con... con que ella y él eran amantes. ¿No es cierto?

Asentí con un gesto, sólo para que siguiera. Y lo hizo:

—También, según me dijiste, ¡os jefes de Sodaro, los que controlaban el juego y la prostitución y todo lo podrido de la ciudad, tenían en su poder un pagaré de Sally por dieciocho mil dólares que había perdido en la ruleta, de manera que ella estaba en su poder. O seguía con Sodaro, o reclamaban el pago de la deuda, con el consiguiente escándalo, aparte de que ni tú ni ella teníais semejante suma ni esperanzas de poder reuniría en muchos años.

Hasta aquí, el relato encajaba. No obstante quedaban muchas lagunas por llenar y aguardé con impaciencia a que el viejo prosiguiera con su historia, mejor dicho con «mi»

historia.

Cuando lo hizo su voz era un poco más ronca que hasta entonces.

—Tú trataste de ablandar a Sodaro y saliste descalabrado. Eras un muchacho inexperto y pacífico y el tenía una cuadrilla de matones a sus órdenes. Después intentaste convencer a Cruze para que te ayudase a librar a tu hermana... y Cruze te mandó al diablo, amargado como estaba porque la gente se había enterado de sus amores con la que había acabado como amante de un pistolero... La misma Sally se negó a verte al final y te hizo saber que estaba bien con aquella vida y que su «amigo» le daba cuanto podía apetecer...

Entonces decidiste acudir por última vez a Cruze, desesperado y lleno de odio contra Sodaro, sus jefes y hasta con el propio Cruze por abandonar a Sally en aquellas circunstancias. Creo que en tu interior le culpabas a él por haber casi arrojado a tu hermana de su lado...

—Conoce usted bien los detalles, Sam...

—¿No he de conocerlos, maldita sea? Tú mismo acudiste a mí medio borracho y te empeñaste en contarme toda la historia... igual que habías hecho desde niño, y luego, cuando tus padres murieron en el accidente...

—Está bien, Sam, ya sé... ¿Dónde está Sally ahora? ¿Vive todavía?

Achicó los ojos y palideció.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—¿Es por ella que has vuelto, Matt?

—Entre otras razones solamente. ¿Dónde está?

—Escucha, Matt. Es mejor que ciertas cosas continúen como están, ¿comprendes? Hace siete años conseguiste escapar a tiempo, incluso de los matones de Sodaro, pero no provoques a la muerte. No eres el tipo adecuado para meterte en un avispero de ese calibre.

—Tal vez he cambiado en esos años, Sam, pero eso no importa ahora. ¿Dónde puedo encontrar a Sally?

Tragó aire y después soltó entre dientes:

—En «La Casa Azul».

—¿Qué es eso?

—Por el nombre pueden adivinarlo, Matt.

—Ya veo. Un lupanar, ¿no es cierto?

Asintió con un gesto y murmuró:

—Y no de los elegantes, precisamente...

La especie de garra que estaba escarbando en mi interior se hincó con

fuerza en mi pecho, hasta producirme dolor físico. Esa parte de la historia era desconocida para mí, aunque podía haberla supuesto con sólo reflexionar sobre ella.

—Está bien, Sam... Eso es cuanto deseaba oír. Déme la dirección de La Casa Azul.

—Está en la calle Belford, pero si tienes la idea de armar camorra por lo que han hecho con Sally, es mejor que te marches de la ciudad esta misma noche. Tú no sabes cómo están organizados ahora.

—Al diablo con eso. ¿Qué tal policía es el teniente Kane?

—Bien, yo diría que es una réplica bastante fiel de Jay Cruze.

—¿Honesto?

—Seguro, Matt. Y eso, en una ciudad corrompida como ésta, requiere valor.

—Sí, bueno... ¿Quién maneja a Sodaro actualmente?

—¿A ese alacrán? No creo que haya nadie capaz de manejarlo. Al Sodaro es una potencia en todos los aspectos.

Todo lo podrido, todo lo que da dinero del vicio, está en sus manos, o por lo menos, eso creo yo. Y es la opinión de todo el mundo, además. Ha logrado engrandecer Gardenville atrayendo a una fabulosa cantidad de turistas que dejan millones de dólares todos los años, seducidos por el juego, las mujeres, las orgías... las drogas, Matt. Ya puedes comprender que los comerciantes, sean del ramo que sean, están encantados con ese orden de cosas porque sus negocios marchan viento en popa, el dinero corre y la prosperidad más escandalosa se ha extendido hasta el último rincón.

—¿Y todo eso lo ha hecho Sodaro?

—¿Quién si no?

—Antes había otros por encima de él.

—Los tiempos han cambiado. Se descubrió que eran dos los potentados que manejaban el vicio en sus comienzos. Uno de ellos el alcalde que tú conociste. Pero ambos murieron en un accidente muy oportuno... y Sodaro se quedó solo. Desde entonces ha crecido como la espuma, él y la ciudad, y el vicio y la corrupción y, bueno, ya lo sabes.

Estuve unos minutos callados, asimilando el aluvión de novedades que habían venido a añadirse a lo que ya conocía. No obstante quedaba otro nombre por el que necesitaba preguntar, aun a riesgo de conocer otra noticia desagradable.

—¿Y Nora? —dije con voz sorda.

—Esperaba que preguntaras por ella, muchacho.

—Bien, ya he preguntado.

—Está más hermosa que nunca, Matt.

—¿Se ha casado?

—No.

—¿Con quién vive?

—Hace dos años murió su madre. Desde entonces vive sola y continúa con el negocio de la librería.

—Sí, ya sé...

—Claro que lo sabes. Estuviste haciendo el tonto con ella no sé cuanto tiempo...

—Dígame dónde vive, Sam, y le dejaré en paz por esta noche.

Achicó los ojos, sorprendido una vez más.

—De veras que no comprendo qué te propones, Matt —refunfuñó—. Tú sabes igual que yo donde vive Nora.

—Ya le he dicho antes que... Es igual, no importa. Dígamelo de todas maneras.

—En la misma casa donde ha vivido toda su vida, al lado de la librería. ¿Qué juego es éste, Matt? ¿O estás burlándote de mí?

—Tal vez algún día pueda explicárselo, Sam. Gracias por todo.

Me levanté y él me siguió escaleras abajo, tan desconcertado que cuando estreché su mano se limitó a mirarme sin despegar los labios.

Anduve por la calle a buen paso hasta que localicé otro bar, al que entré para consultar la guía telefónica. Encontré una Parker Library,

anoté la dirección y volví a la calle dis-

puesto a enfrentarme con el nuevo mal trago que me aguardaba.

Nora Parker...

CAPITULO V

Abrió la puerta y se quedó allí, enmarcada por la luz interior, sobrecogida por la impresión.

—Hola, Nora —dije suavemente.

—Matt...

Se apartó cediéndome el paso. Miré a mi alrededor sólo para descubrir un interior confortable y con múltiples detalles de buen gusto. Aquella casa debía haber costado un buen puñado de dinero.

Quedamos mirándonos fijamente, sin hablar. Sus inmensos ojos azules se clavaban en cada uno de mis rasgos, examinando mi piel pulgada a pulgada, como si quisiera descubrir las cicatrices del tiempo.

Era una mujer de unos veintinueve o treinta años, magnífica en su plenitud y con un rostro dulce y cálido a un tiempo, en el que destacaban sus ojos acariciadores. Las formas de su cuerpo eran pujantes y firmes, de una mujer mucho más joven que ella.

—Estaba segura que vendrías —murmuró.

—¿Sí?

—Desde que he leído los periódicos lo sabía...

De repente pareció salir de su estupor y vino hacia mí espontáneamente. Sus manos se cerraron aprisionando las mías y levantó su bello rostro ofreciéndome unos labios hú-

medos y rojos entre los que relucían sus dientes pequeños y hermosos.

Incliné la cabeza y la besé. Su boca era cálida como toda su belleza, pero bajo el beso se convirtió en una llama viva. Desprendí mis manos de las suyas y la abracé instintivamente. El fuego del beso me envolvió, abrasándome, igual que una hoguera súbitamente reavivada, cuyas llamas se agigantaban amenazando arrollar el mundo...

—Oh, Matt —suspiró—. Siete años... siete largos años...

En mis manos vibraba el temblor de su cuerpo tenso y fuerte. No obstante, en su mirada asomaba toda la dulzura del universo, con una expresión de confiada entrega. No había ninguna tensión en ellos.

—Yo... creía encontrarte casada... quizá con hijos...

—Una vez te dije que mis hijos solamente serían tuyos, Matt, ¿recuerdas?

Desvié la mirada, turbado.

—Sí...

—Te fuiste dos días después de decírtelo —siguió—. No quisiste decirme adiós. ¿Por qué, Matt, si sabías que te quería?

—No quise apenarte... ni ponerte en evidencia. Todo el mundo me perseguía entonces.

No obstante, siempre he sabido que volvería, Nora.

Nos sentamos al lado de un bar portátil. Ella sirvió un whisky para mí y el cuello de la botella tintineó contra el borde del vaso a causa del temblor de sus dedos.

Sin mirarme, susurró:

—¿Por qué has vuelto, Matt? Dime la verdad, por favor.

—Tenía distintas razones para regresar, aunque una de las más poderosas eres tú.

—Si lo dices para halagarme...

—Llegué anoche, Nora. Tuve un contratiempo con la policía y no me soltaron hasta casi al amanecer. Y en cuanto he vuelto a la calle he venido en tu busca, ¿no es una buena explicación?

—No lo sé. Cuando una mujer ansia creer... es tan fácil engañarla...

Tomé el vaso de entre sus dedos. Entonces me miró y dejó que mis ojos se hundieran en los suyos como en un abismo azul y atrayente con la fuerza del misterio. Para vencer aquella sensación de vértigo, dediqué mi atención al whisky y lo apuré a pequeños sorbos.

Cuando abandoné el vaso, ella susurró:

—¿Fue la policía quien te hirió, Matt?

—Sí.

—Pero te dejaron libre.

—No les quedó otra solución mientras preparan el siguiente asalto. No puedo abandonar la ciudad bajo ningún pretexto, y si lo intento, ellos lo considerarán como una fuga, y eso les encantará porque les dará el pretexto para disparar... Sin embargo, no debe preocuparte esa posibilidad, querida. Cuando vine, sabía que ocurriría eso.

Se apartó un poco de mí para poder escrutar mi rostro otra vez. Con voz opaca, murmuró:

—Has cambiado tanto, Matt... No eres el muchacho que yo he recordado todos estos años.

—¿Salgo perdiendo en el cambio, tal vez?

—No puedo decirlo todavía. Hay en ti una fuerza extraña, una seguridad que antes no poseías.

—Recuerda que han pasado siete años, Nora.

—Aún así me desconciertas.

No me convenía seguir ese camino. La sujeté por la cintura y la atraje contra mí con suavidad, dejándole oportunidad de apartarse. No lo hizo y mis labios se encontraron con los suyos, y el fuego apasionado del primer beso se repitió con fuerza creciente.

Sus ojos se cerraron y se abandonó por entero a la caricia. Tuve la impresión de que, durante aquellos años, había vivido aguardando el instante en que su boca estallaría bajo la mía, se abriría igual que una flor largo tiempo encerrada y que al fin surge a la luz y a la vida...

Durante una eternidad, ambos nos sentimos incapaces de articular palabra, absorbidos por el torbellino del beso y de las caricias. Después, lentamente, con pesar, dejamos que la razón se impusiera y ella se apartó de mí rehuyendo mi mirada.

Mis dedos temblaban al encender un cigarrillo. Nora se ocupó en retrocar su peinado un tanto maltrecho, y después dijo:

—No hay duda que has cambiado mucho...

—¿Qué nuevos descubrimientos has hecho ahora, querida?

—Tus besos.

—¿Eh?

—Tu manera de besar... te apoderas de mí... de mi voluntad.

Esta vez fui yo quien desvió la mirada. Fumé en silencio unos minutos y ella se conformó con estudiar mis rasgos uno a uno.

Para romper el silencio, le pregunté por su viuda durante aquel tiempo pasado.

Respondió apenas con monosílabos, pero su brillante mirada no se apartó de mí.

Entonces dije:

—Has visto a Sally alguna vez desde que me marché?

Eso acabó con su contemplación.

—Hace años que no la he visto... desde que murió mamá.

—¿Sabes qué ha sido de ella?

—Sí.

—No es agradable, ¿verdad?

—Es horrible, pero no fue culpa suya. Se vio envuelta en esa vida y... tú ya lo sabes.

Después, cuando te fuiste, ella ya no hizo nada para librarse de su esclavitud y fue descendiendo poco a poco... Cuando la vi por última vez no era ni sombra de ella misma.

—Yo quise llevarla conmigo. Se negó a huir... dijo que al lado de Sodaro no le faltaba nada...

—El la arrojó de su lado cuando le convino.

—¿Por qué no se marchó entonces?

—No podía, Matt. Tenían un pagaré firmado por ella. Era una gran suma de dinero que Sally no podía reunir y no le quedó otra solución

que «trabajar» en cualquiera de los lugares de Sodaro.

—La vieja treta. Un pagaré que la mujer jamás podrá liquidar, y ella se ve obligada a hundirse en un vano intento de pagar esa especie de rescate.

—Así es como lo hacen... pero en el caso de Sally había algo más, Matt. Yo no supe hasta que ella me lo confesó aquella noche, después del entierro...

Levanté la cabeza y dejé que mis ojos vagasen por encima de su belleza. Ella susurró casi sin voz:

—Es una adicta a los estupefacientes.

Pegué un respingo.

—También eso.

—Heroína. Y sólo puede conseguirla si trabaja para la organización.

—Ya veo. El poco dinero que le permiten quedarse tiene que gastarlo para comprar las drogas, de manera que vuelve al bolsillo de quienes la explotan... Y nadie protesta por semejante estado de cosas...

—¿Quién va a protestar? La ciudad, en general, está encantada con la administración pública. El dinero corre a raudales atraídos por el vicio y el juego. Los que ocupan los puestos importantes son los comerciantes más prósperos de Gardenville, y su prosperidad se debe al dinero del vicio... ¿Crees que van a barrer es podredumbre sabiendo que eso les costará su dinero?

—Bueno, dejémoslo, querida. Tengo que irme ahora, aunque volveré a verte mañana y todos los días, mientras esté aquí.

Se sobresaltó.

—¿Es que piensas marcharte otra vez?

Me maldije por mi estupidez.

—Es posible, Nora. Pero en ese caso no lo haría yo solo...

Me levanté y ella vino a mis brazos como atraído, por un imán gigantesco. De nuevo nos

envolvió el torbellino de unos besos locos demasiado tiempo

retenidos. La abracé tan fuerte que dejó escapar un débil gemido, pero no hizo nada por desprenderse del abrazo.

Finalmente la aparté de mí con suavidad. Supe que si no lo hacía, ningún poder humano me separaría de ella aquella noche, y yo era capaz de muchas cosas, a cual más descabellada, pero no hubiera podido continuar adelante con una infamia.

Se quedó en la puerta mientras me alejé por la escalera. Al llegar a la esquina volví la cabeza a tiempo de ver extinguirse la luz del portal, cuando ella cerró la puerta. Un extra-

ño sentimiento que no logré descifrar en aquellos instantes me dominó durante mi trayecto hasta La Casa Azul.

A primera vista, aquel antro no se diferenciaba en absoluto de otros muchos diseminados por toda la geografía del país, por lo menos en su parte exterior. Una fachada rabiosamente iluminada por los tubos de neón azules que dibujaban la silueta de una casa de estilo indefinible; llamativos rótulos con nombres exóticos de mujer más falsos que un dólar de plomo. Fotografías de esas mismas mujeres ataviadas con el mínimo de ropas posible y que ni así tenían nada exótico, en contraste con sus nombres...

Mirando aquellas fotografías pegadas a la pared, me pregunté si alguna de ellas sería Sally, pero acabé por desechar semejante idea. Si lo que acaba de averiguar era cierto, ella haría cualquier cosa, menos actuar como atracción en una pista, por miserable que ésta fuera.

Al fin dejé de pensar en eso, empujé las dobles puertas y penetré en aquella especie de antesala del infierno.

CAPITULO VI

No era ni un bar ni un cabaret, ni un lupanar propiamente dicho, pero podía haber pasado por cualquiera de las tres cosas. Había mujeres que habían dejado atrás cuantas ilusiones hubieran podido tener junto con jirones de su propia vida. Había una pequeña barra detrás de la cual se movía un curioso espécimen de hombre con el cabello rizado artísticamente en el cual sobraba un galón de laca. Todos los taburetes estaban ocupados por una legión de hombres y mujeres sumamente ocupados en contarse sus secretos en voz baja.

Unas cuantas mesas se alineaban a lo largo de la pared, frente al mostrador, y al final, allí donde el local se ensanchaba formando un reducido salón, algunas parejas bailaban al ritmo de una orquesta formada por cuatro aburridos aprendices de músico.

También descubrí cinco máquinas tragaperras adosadas a un lado del salón. En tres de ellas, otras tantas mujeres indiferentes introducían moneda tras moneda, en espera de una suerte que nunca se les daba.

Comprobé que era casi imposible llegar a la barra, así que me dirigí a las mesas del fondo. Dos estaban libres y en otra se aburría una rubia platino con aspecto de estar de vuelta de todas partes.

Me acerqué a ésta, aparté una silla y me acomodé.

—No me diga que espera usted a alguien, encanto —dije por todo saludo.

—A usted, si me invita a un trago. Estoy seca todavía.

—Eso tiene fácil arreglo.

Un camarero vino, tomó el encargo y se largó con cara de palo.

No tardó ni dos minutos en estar de vuelta con las bebidas.

Sin cambiar de expresión, cobró y se largó definitivamente.

Entonces la rubia levantó el vaso y brindó con voz inexpresiva:

—Por nosotros, amor.

—No es preciso que me muestres tus habilidades profesionales. Sólo quiero hacerte una pregunta.

—¿Qué clase de pregunta?

—Busco a una chica que se llama Sally. Sé que está aquí, pero hace tantos años que no la veo que ni siquiera recuerdo su rostro. Indícame quién es y te dejaré con tus reflexiones filosóficas.

—No acostumbro a reflexionar, mi amor. Es la mejor manera de conservar la razón. Sally está en la barra, junto al teléfono. Es la pelirroja. A cambio de un whisky, es todo lo que pienso decirte.

—Es suficiente. Buena suerte, linda.

Dejé mi whisky sin tocar, cosa que le agradó a ella. La vi cómo lo vaciaba dentro de su propio vaso y tras esto me hizo un ademán de despedida.

Sally era pelirroja, tal como había dicho la rubia. Aparte del pelo sedoso y llameante, el resto de su cara y cuerpo acusaban los estragos de la disipación, las drogas y las noches en blanco regadas con demasiado whisky.

Sus ojos mortecinos tenían una mirada fija y opaca. Bajo ellos había, acusados, círculos oscuros y pequeñas arrugas, que se repetían en la comisura de los labios exageradamente pintados. Un busto que en otro tiempo debió ser altivo, apenas si se insinuaba bajo el vestido oscuro que llevaba.

Su acompañante era un mozalbete de apenas veinte años que se empeñaba en demostrar su hombría a base de gestos afectados, cigarrillo colgando del centro de su boca y mirada despectiva, tal como la había visto en alguna película de gánsters.

Cuando me detuve detrás de la pareja, el mozo estaba diciendo:

—Te aseguro que le machaqué la cara hasta que salió huyendo igual que un conejo...

¡Valiente fanfarrón estaba hecho el nene!

Ella siguió con la mirada clavada en el vaso vacío que tenía delante. Pude escrutar su perfil y sentí un ramalazo de piedad y de ira a un tiempo. Yo sabía que aquella muchacha no podía tener más de veintiocho años a pesar de aparentar diez o quince más.

Me preparé para lo que iba a seguir y avancé el paso que me separaba de ellos.

—Sally —dije tan solo.

Ladeó la cabeza con indiferencia. Sus ojos muertos tardaron medio minuto en captar mis facciones, y algunos segundos más en identificarme. Entonces se enderezó penosamente y movió los labios en un vano intento de pronunciar mi nombre. Ningún sonido brotó de su garganta.

El héroe que relataba sus propias hazañas me miró de través, muy cinematográficamente. Una de esas miradas de hombre duro. Cuando habló, lo hizo también utilizando solamente un lado de la boca.

—¿No ve que la señorita está conmigo? Largo de aquí.

No pude apartar la atención de la pobre muchacha. Seguía luchando por hablar. En su mirada asomó un ramalazo de inteligencia, como un despertar en las tinieblas. Luego, sus manos comenzaron a temblar y necesitó el apoyo del mostrador para no caerse del taburete.

—¿No me reconoces, Sally? —inquirí con voz suave.

El mequetrefe giró en el taburete, colocó la mano plana sobre mi pecho y empujó.

—Lárguese antes de que me enfade —ordenó, en una imitación infame de un duro de película.

Se sorprendió un poco cuando vio que su empujón no conseguía moverme. Pero se sorprendió más cuando le sujeté la muñeca, apreté los dedos y tiré hacia abajo.

Debió dolerle lo suyo cuando los nervios se le aplastaban bajo mi apretón. Ahogó un gemido y saltó del taburete dispuesto a demostrar a todo el mundo que era un hombre hecho y derecho.

Pensé que no había llegado la ocasión de armar camorra todavía, de manera que todo lo que hice fue levantar el pie y descargarlo sobre el suyo con todo mi peso. Le hundí el tacón en el empeine y por lo visto le dolió más de la cuenta, por cuanto soltó un chillido y se dobló, tratando de acariciarse el lugar lacerado. Apenas si necesité mover el brazo para hundirle el codo bajo el mentón, con lo cual se enderezó como un muñeco y cayó de espaldas contra el mostrador.

Su chillido había llamado la atención. Algunos clientes estaban mirándonos. El mozo de sólido peinado se acercaba y una mujer que estaba cerca de nosotros, preguntó:

—¿Qué le pasa a ése, se encuentra mal?

—Seguro —dije—; ha bebido demasiado.

El mequetrefe intentó protestar. Olvidó que estábamos en el rincón del mostrador, un lugar bastante discreto. Nadie advirtió el rodillazo que le incrusté en su estómago y que acabó con sus deseos de protestar.

Le sostuve para que no cayera al suelo, después lo cargué sobre mi hombro y me encaminé a la salida sin que nadie metiera baza.

Lo tiré a la acera, donde quedó gimiendo y quejándose amargamente, y regresé al bar.

Sally continuaba en el mismo sitio. El mozo aguardaba mi vuelta con cara de ofendido.

Hasta los pelos de sus depiladas cejas se le habían erizado.

—Su amigo ha olvidado pagar, señor...

—No sufras, encanto, yo pagaré por él. Y ahora, lárgate a fregar vasos y déjanos en paz durante un rato.

Me dedicó una furibunda mirada, frunció delicadamente los finos labios y giró sobre sus talones con un olímpico desprecio.

Sally demostró que había recobrado la voz, aunque fue sólo un susurro lo que emitió.

—Matt. ¿Por qué has vuelto?

Fui yo quien no halló voz suficiente para responder, impresionado por lo que su cara, vista de tan cerca, revelaba de humillante renuncia, de sórdida depravación.

—Tenía que regresar, Sally —pude decir al fin—. Aunque sólo fuera por ti...

—No debieras haber vuelto... es demasiado tarde para todo.

—No sabía nada de ti.

—Recibí dos cartas tuyas, aunque con remite falso. Nunca las contesté.

—¿Por qué, Sally?

—¿Qué podía decirte? Embustes y más embustes... o revelarte la verdad. Eso me avergonzó sólo de pensarlo. Yo... deseaba que siguieras teniendo un recuerdo más limpio de mí.

—Quiero que vengas conmigo ahora. Tienes que contarme muchas cosas que quiero saber.

Movió la cabeza de un lado a otro, desalentada.

—Demasiado tarde —repitió.

—¿Lo dices por el pagaré? Te juro que eso no debe preocuparte. Sodaro se lo tragará en cuanto trate de exhibirlo.

Continuó negando con sus gestos. Su voz se quebró cuando dijo: -

—No es el pagaré, Matt...

—¿Las drogas acaso?

—Lo sabes.

—Si no lo hubiese sabido me habría bastado con verte los ojos. ¿Cómo empezaste, Sally?

—¿Para qué hablar de eso? Todas empiezan de una manera o de otra, más pronto o más tarde... y luego ya no pueden zafarse, están agarradas por el mismo demonio, Matt. Yo empecé antes que la mayoría. Me queda el consuelo de que también acabaré antes.

Me encaramé sobre el taburete que había dejado libre el matón de guardarropía y tardé bastante en poder hablar. Mi mente se empeñaba en retroceder hasta unos meses atrás, evocando unos recuerdos, unas palabras...

Y todo era distinto...

—¿Qué es lo que tomas? ¿Heroína?

Asintió con un gesto.

—¿Quién te la proporciona?

—Ellos.

—¿Sodaro?

Esbozó una mueca al oír ese nombre.

—El ya no necesita hacer esos trabajos, Matt. Es todo un personaje ahora.

—Sin embargo, es quien domina el vicio, ¿no es cierto?

—Siempre ha sido él desde que sus jefes murieron en un accidente preparado.

Agucé el oído.

—¿Cómo sabes que fue preparado?

—¿Olvidas que yo era la amiga de Sodaro en aquellos tiempos? El ordenó sabotear el coche en que iban a viajar. Pero para asegurarse, los mandó seguir por otro automóvil con sus pistoleros...

—Y todo eso no habrá forma de probarlo, ¿verdad?

—¿A quién le importa probar nada contra el gran hombre? No sabes lo que dices, Matt...

hermanito. Nadie puede inquietar a Sodaro sin que tenga que lamentarlo. Si lo dudas, mírame a mí.

No pude evitar que mis dientes rechinaran.

—¿Estás segura que es quien manda aquí? ¿Qué es el único que se embolsa las ganancias del juego, de la prostitución y de las drogas?

—Claro que es él, Matt. Pero tiene otros ingresos perfectamente legales actualmente,

¿sabes? Hoteles de lujo, casas de juego, edificios de apartamentos junto a la playa...

—Debe haber cambiado mucho en estos siete años —comenté, desconcertado—. Antes era solamente un pistolero con más o menos inteligencia, y lo que estás diciendo es obra de un genio del delito.

—Al Sodaro es un genio, hermano. Pide de beber, ¿quieres? Y después hálame de ti.

Tienes un aspecto magnífico, eres más hombre.

—No digas tonterías. Cuando me marché tenía veintiocho años.

—Y seguías siendo un chiquillo todavía.

Pensé que había continuado siéndolo hasta que...

Al diablo.

Llamé al mozo. Se acercó ajustándose la chaqueta. Tenía una cintura de avispa. ¿Llevaría faja tal vez?

—Llena los vasos, compadre.

Lo hizo. Continuaba ofendido conmigo. Esperé que se alejase otra vez antes de reanudar el diálogo.

—Escucha, Sally. Voy a sacarte de aquí. Hay sanatorios donde podrás curarte y volver a ser una mujer normal. Muchos lo han conseguido.

—Olvidalo, Matt, es demasiado tarde para eso. Además, tampoco podrían hacer nada por mí. Estoy demasiado avanzada ya.

—Tonterías. Tengo que hacerlo. Hay una buena cantidad de dinero esperándote fuera de aquí, en el Este.

—Sí quieres darme dinero ya sabes en qué voy a gastarlo, Matt.

Bebió casi todo el contenido del vaso como si fuera agua. Luego añadió: —¿Tú sabes, hermanito? He pensado muchas veces en ti y en cómo hubieran podido ser las cosas si hubiesen sucedido de otra manera. Siempre acabo diciéndome que fue una suerte que todo pasara cuando mamá ya no podía verlo. ¡Te acuerdas de mamá?

—¿Qué? Bueno, naturalmente. ¿A qué viene eso?

—Tonterías que se me ocurren. Cuéntame cosas de ti.

—¿Es preciso que sigamos hablando aquí, Sally?

—No puedo salir antes del cierre. Si te molesta el ruido podemos subir a mi habitación, pero tendrás que pagarla y... y pagar por mí arriba.

Otra vez aquella maldita garra escarbó en alguna parte sensible de mi pecho,

—¿Quieres decir que no puedes abandonar el establecimiento si se te antoja?

—No mientras esté abierto. Trabajo aquí.

Lo dijo con naturalidad escalofriante, con fatalismo quizá, pero mis nervios dieron un tirón y necesité dominarme para no echarlo todo a rodar en aquel preciso momento.

—¿Y a qué hora cierran esta pocilga?

—No hay horario fijo, ya sabes. Si quedan bastantes clientes la cosa se prolonga hasta las tres o las cuatro de la madrugada. Si no es así, hay noches que se cierra a las dos.

—Ya veo. En este pueblo nadie hace caso de las leyes, por lo que veo.

—Cuando las leyes perjudican el bolsillo de los negocios, no. Pero, ¿qué clase de conversación es la que estamos sosteniendo, hermanito?

Se balanceó peligrosamente sobre el taburete. Su mirada se había apagado de tal manera, que parecía a punto de dormirse. También el alcohol contribuía a vencerla.

—Me quedaré a tu lado hasta que cierren —decidí—. Entonces saldremos y podremos hablar.

—Eso está bien, querido; pero tendrás que seguir invitándome, ¿sabes? Si no tendré que dejarte... antes de que ellos adviertan que no te obligo a dejar el dinero en la caja.

—¿Ellos?

—Oh, los vigilantes, Matt. Unos sucios matones...

Una vez más necesité luchar con mis alborotados nervios, y una vez más accedí a lo que decía.

—Está bien, pediremos whisky de vez en cuando, pero no lo beberás. Necesito que estés sobria para poder hablar conmigo.

—Bueno, es tirar el dinero... —calló y de pronto pareció captar una idea sorprendente, porque trató de enfocar sus ojos sobre mí y preguntó—: ¿Cómo es posible que estés aquí tan tranquilo, Matt? Sé que la policía continúa interesada en tu captura... me interrogaron tantas veces después de tu marcha, que temí volverme loca. Sólo las influencias de Sodaro consiguieron librarme de los polizontes.

—Me echaron el guante anoche, pero tuvieron que soltarme como a un hierro candente.

—¿Quieres decir que ellos saben que estás en la ciudad?

—Naturalmente.

—Entonces lo sabrán también los periodistas...

—Claro. Ya han hablado de mí.

—¡Dios santo!

—¿Qué te pasa ahora, niña?

—Todos sabrán que estás aquí... Sodaro...

—¿Y eso qué importa?

—Pensaré que vendrás en mi busca, ¿no lo comprendes?

—Bien. Acertará, eso es todo.

Estaba asustada. Pero ni el miedo conseguía poner vida en sus mortecinos ojos, tan velados como si tuvieran un fino velo ante ellos. Con manos temblorosas, agarró su bolso y se deslizó fuera del taburete.

—Más despacio, pequeña. ¿Adónde vas?

—Este... yo... quiero ir al lavabo. Necesito retocarme la cara, ¿no comprendes que estoy hecha un adefesio? Y tengo ganas de llorar también, y...

—Y necesitas algo más que whisky para recobrar el aplomo, ¿no es eso?

Antes de que pudiera evitarlo, le arrebaté el bolso y lo abrí. Entre las chucherías propias de las mujeres, el bolso contenía un pequeño estuche de piel que al abrirlo, dejó ver una jeringuilla hipodérmica y los demás útiles utilizados por un adicto. Junto a la jeringuilla había una pequeña ampolla intacta.

Ella no dijo una palabra. Ni siquiera protestó. Se limitó a mirarme con su actitud abatida. Le devolví todo sintiendo una extraña opresión en el estómago, pero sabía que era inútil tratar de impedirle lo que iba a hacer. Sólo conseguiría provocarle una tremenda crisis.

De manera que la vi alejarse hasta desaparecer tras unas cortinas. Tragué un sorbo de whisky, adulterado, que me había servido el barman, lo sentí arder en al garganta y refunfuné una maldición. Pensé en la manera cómo Sally se lo había tragado y me dije que

debía tener una garganta acorazada por el mucho alcohol consumido.

Mientras pensaba en eso, advertí que alguien se colocaba a mi espalda. Giré en el taburete y me encontré ante un individuo de suaves maneras, pero de ojos fríos como un témpano. La anchura de sus hombros daba al traste con su pretendida suavidad. No obstante, cuando habló lo hizo amistosamente.

—Usted es Matt Milton —dijo.

—Ese es mi nombre.

—Creo que no sería conveniente que siguiera usted hablando con su hermana, ¿no cree? Realmente, no hay nada en común entre ustedes dos. Le apuesto que ella le mandaría al diablo si tratara de llevársela de aquí.

—Hasta ahora es usted quien habla. Siga haciéndolo.

—Bien, alguien desea verle, Milton. Le acompañaré con mucho gusto. ¿Ha abonado usted el whisky?

—El negocio ante todo —dije—. Pero diga a la persona que reclama mi presencia que puede venir aquí y discutiremos lo que desee... en público.

Comenzó a dejar de lado las maneras suaves. Al mismo tiempo un segundo orangután, semejante en todo al primero, hizo su aparición y se quedó a un lado esperando instrucciones.

—Bueno, no era nuestro deseo hacer las cosas así, Milton...

Otro matón se unió al dúo. Los tres eran fuertes y acostumbrados a las luchas de cabaret.

Comencé a preocuparme seriamente.

Pero continué sentado en el taburete. Mi mente trabajaba sin cesar.

Sólo me preocupaba Sally.

CAPITULO VII

Dirigí la mirada a los cortinajes tras los cuales ella había desaparecido. Esperaba verla regresar antes de iniciar ningún movimiento agresivo contra los tres matones que me cercaban. Quería asegurarme de que ella estaba bien, después ya no importaba nada.

Pero el embajador de las maneras suaves no estaba dispuesto a perder tiempo.

—Va a venir usted con nosotros, Milton —dijo—. No crea ni por un momento que nos atreveremos a emplear la fuerza aquí dentro.

Yo estaba convencido de ello, pero Sally no aparecía. ¿Tanto tiempo necesitaba para inyectarse una dosis de ese maldito veneno?

Tomé el largo vaso y, a pesar de su pésima calidad, apuré el resto del whisky. El tipo de las maneras suaves alargó la mano y me agarró por el brazo izquierdo. Comenzó a tirar de mí al tiempo que anunciaba:

—Lamento que nos obligue a...

Nunca llegó a terminar la frase. Golpeé el vaso contra el borde del mostrador y el cristal se hizo añicos. Sólo me quedé con la parte inferior en la mano, pero de ella salían dos agudas puntas que centellearon cuando blandí mi improvisada arma hacia abajo.

El matón dejó escapar un alarido y retiró la mano al mismo tiempo que pegaba un salto atrás. Un surtidor de sangre brotó de su muñeca, el tipo se retorció lanzando aullidos de dolor y yo me preparé para atender dignamente a los otros dos.

El primero en avanzar se detuvo cuando vio el peligroso cristal pasar zumbando cerca de su cara. Alguien gritó en alguna parte. Una mujer comenzó a chillar, ahogando los lamentos del herido.

El tercero del grupo era el más frío de todos. Sacó algo de su bolsillo y lo adaptó a su mano derecha. Cuando dejó de forcejear sus nudillos estaban cubiertos por un puño de bronce áspero y peligroso.

Salté del taburete. Los gritos habían cesado y la gente pendiente por entero de la desigual pelea. Iban a tener un espectáculo extra sin que se lo incluyeran en el precio de la consumición.

El herido había ido a apoyarse en la pared y trataba de contener el chorro de sangre con su pañuelo. No parecía tener mucho éxito.

El del puño metálico saltó el primero. Pude esquivarle por menos de una pulgada y le tiré una finta con mi cristal. Eso le mantuvo a raya.

El otro, un gorila de mal aspecto, pegó un puntapié al taburete de Sally y lo lanzó contra mis piernas. Me vi obligado a saltar para evitar peores males, pero di un traspié y el vaso escapó de mi mano. El

matón gritó de entusiasmo y se lanzó al ataque sin esperar más.

Su primer golpe me alcanzó solo de refilón, pero un latigazo de dolor casi me paralizó el cuello. Comprendí que las cosas iban a ser muy desagradables para mí si me descuidaba.

Y me descuidé estúpidamente. Intenté devolver el mazazo al gorila, que se limitó a retroceder, huyendo del peligro. Entonces fue el otro quien le largó un directo con su puño armado de bronce y tuve la sensación de que unas manos de gigante me sacudían el cerebro como una pelota.

Dando tumbos me aparté de él hasta recobrar el equilibrio. Me habían cazado bien y pensé que aquélla iba a ser mi última pelea si no andaba listo.

El gorila desarmado volvió al ataque. Esta vez, su puñetazo resultó muchísimo más espectacular que efectivo, pero el mío se le incrustó en la barriga obligándole a doblarse como una navaja. Justo en aquel momento levanté la rodilla y él solo vino a estrellarse de cara contra ella. Rematé la cosa con un golpe en su nuca y los dientes recibieron toda la potencia del rodillazo. Creo que se tragó algunos.

De nuevo me alcanzó el puño metálico. Salí disparado y mi cabeza tropezó con la pared y todo comenzó a dar vueltas. Medio aturdido, el herido aprovechó para propinarme una patada que me arrojó de espaldas entre dolores de agonía.

El del puño de bronce se acercó rápidamente. Lo vi venir y pensé que tenía que hacer algo para librarme de él, pero mi pensamiento resultó demasiado lento para un experto como él. Su brazo osciló ligeramente y algo semejante a la cox de un mulo me alcanzó en la espalda, poco más abajo de la base del cuello.

Un dolor paralizante se extendió por mi columna vertebral, como una ola. Eran profesionales, sin duda alguna. Sabían los lugares precisos donde golpear para obtener resultados fulminantes sin apenas dejar señal.

Tengo que evitar otro golpe como éste, pensé, y tengo que respirar, y recobrar el resuello o me harán trizas..., pensé algunas cosas más y ninguna me sirvió de mucho.

Instintivamente conseguí esquivar la siguiente acometida del matón, pero mis pies se enredaron con el taburete derribado y caí de bruces.

El herido utilizó una vez más sus pies para vengarse de mí. Gritó como un loco cuando uno de sus puntapiés me alcanzó en medio de las costillas y me arrancó un alarido de dolor.

Traté de rodar sobre mí mismo. Otro golpe tan salvaje como el anterior me obligó a gritar como una bestia herida.

Entonces el puño de bronce me cayó encima una vez más. Sólo me dio de pasada en un lado del cuello, pero estuve seguro que me arrancaban la cabeza de cuajo. Un velo rojo comenzó a extenderse ante mis ojos. Pensé que iba a morir y apenas si me importó, pero el recuerdo de Sally y lo que pudieran hacer con ella, me obligó a luchar para despejar mi visión.

El que se había tragado los dientes había conseguido incorporarse y estaba escupiendo sangre y blasfemando como un diablo. Ciego de furor, se lanzó sobre mí.

Ese pagó las consecuencias. Pude adivinar qué puño iba a utilizar en primer lugar y esquivé fácilmente. Pero a mi vez le apliqué un zurdazo impresionante a la sien que le paró en seco. Con la derecha le cerré un ojo partiéndole la ceja, de la que comenzó a brotar sangre.

Un tercer mazazo en medio de su cara acabó de convertírsela en una pulpa, y todavía caía cuando logré conectarle un patadón espeluznante bajo la barbilla.

El otro me agarró por el brazo, me obligó a girar como una peonza y su mano acorazada repercutió en mi pecho con un ruido sordo. Sentí que mi pulso dejaba de latir. Un creciente ahogo me obligó a boquear igual que un pez fuera del agua y manoteé en el aire tratando de llegar hasta su maldita cara sin conseguirlo.

El primero que había recibido la caricia del cristal aulló:

—¡Mátalo. Udall, aplástalo!

El matón no necesitaba estímulos, pero tampoco se dejaba cegar por las ansias de

lucha. Era frío y calculador, y yo estaba medio cegado y a cada respiración mi pecho semejava desgarrarse.

No obstante, mis reflejos todavía funcionaban. Pude esquivar el golpe que dirigió a mi cabeza aprovechando que estaba un poco inclinado hacia delante. Al fallarle el golpe, el mismo impulso le acercó a mí. En

aquel instante mis músculos actuaron independientemente de mi voluntad. Le incrusté un trallazo en el mentón que le arrojó contra la barra. Un terrible cruzado con la izquierda se estrelló en su oído y el tipo empezó a berrear y retorcerse. Con las manos intentaba sostenerse la cabeza, gritando, girando y retorciéndose como poseído por el diablo.

No obstante, cuando mi visión se aclaró lo suficiente para distinguir los detalles de cuanto me rodeaba, interrumpí sus frenéticos saltos con un golpe bajo que le arrojó de espaldas al suelo.

Siguió allí, quejándose y apretándose los oídos con sus manos. El puño de bronce le estorbaba para esa tarea, pero ni siquiera lo notaba, totalmente enloquecido.

Respiré con fuerza. Después de todo, pensé, sigues estando en forma.

O tal vez no.

Algo repercutió en mi nuca. Todas las fuerzas del infierno saltaron sobre mí al sentir el impacto en el lugar donde ya tenía una herida. El dolor me paralizó aunque sin arrebatare el conocimiento. No había sido un golpe muy fuerte después de todo.

Di la vuelta y me encontré cara a cara con el barman que enarbolaba una botella vacía, dispuesto a repetir el golpe, ésta vez con más energías.

Desorbitó los maquillados ojos cuando se dio cuenta que no podía golpearme por detrás. Alargué el brazo, conseguí sujetarlo por las solapas y tiré de él hasta tumbarle sobre el mostrador.

—Estos no son trotes para los tipos de tu calaña, imbécil.

Le agarré por los cabellos y le golpeé la cara unas cuantas veces sobre la madera. Sus chillidos de comadreja se esparcieron por todos los rincones del local. Cuando le solté, todo el trabajo de embellecimiento de su fino rostro se había ido al diablo. Me dije que necesitaría un cirujano para recomponer su belleza.

Cometió el error de mirarse al espejo. Cuando vio en lo que se había convertido su cara, soltó un agudo chillido, puso los ojos en blanco y se desplomó igual que un fardo detrás del mostrador.

Me encontré libre de enemigos, con las piernas vacilantes, la sangre deslizándose por mi nuca y el pecho a punto de resquebrajarse a cada

respiración. Al mismo tiempo, una creciente rigidez atenazaba mi cuello obligándome a ladear la cabeza cada vez más.

Y Sally no había reaparecido.

Miré a mi alrededor. El gorila que había perdido los dientes seguía tumbado en el suelo.

El del puño de hierro continuaba ajeno a todo, excepto al enloquecedor terremoto de sus oídos, que se apretaba furiosamente en un vano intento de calmar el terrible dolor que le volvía loco.

El de la muñeca partida había desaparecido.

Busqué un taburete y me apoyé en él para no caer. Luché por conservar la lucidez y sólo lo conseguí en parte.

Entonces se desataron los comentarios de los espectadores. Algunas voces se elevaron,

gritando amenazas, otras se limitaron a discutir los pormenores del combate... hasta que se formó un remolino y los charlatanes abrieron paso a dos hombres, que cayeron sobre mí con más efectividad que los matones.

El teniente Kane me sujetó por un brazo y me sacudió como aun pelele.

—¡La ha armado buena, bastardo! —gritó—. Una riña en un lupanar... Es lo menos que podía esperarse de un sucio asesino...

—Deje de sacudirme, maldito sea usted. Ya me han dado bastante este par de amigos y el otro que se ha largado.

—¿Por qué ha sido la pelea?

—Pregúnteselo a ellos.

—¡Condenación! Se lo pregunto a usted, Milton.

—Mire, teniente. Eso es una pérdida de tiempo y usted lo sabe. Vaya al lavabo y trate de encontrar a Sally.

—¿A quién? Oh, su hermana —exclamó.

—Ha entrado al lavabo... no ha vuelto a aparecer... Esos tipos me han atacado para impedirme hablar con ella...

—Ya veo... Eche un vistazo, sargento.

—¿Cómo ha llegado tan oportunamente, Kane?

—¿Usted qué cree? Tengo un hombre siguiéndole los pasos. Sé los lugares que ha frecuentado desde que salió de mi despacho. Pero mi hombre le ha perdido de vista por estas cercanías, de manera que he supuesto que había venido aquí... y he decidido darme una vuelta de inspección. Esta vez voy a encerrarle sin contemplaciones, con abogado o sin abogado.

—Ya veremos.

—He encontrado mi testigo —me notificó, satisfecho—. Veremos cómo se libra de ésta.

—Todo eso puede esperar, maldito polizonte. Necesito un médico para mi cabeza y...

El sargento Draper reapareció un tanto disgustado a causa del lugar en que había tenido que investigar.

—No hay ninguna mujer en los lavabos, teniente.

—Busque a Sally en el local, o déjeme buscarla a mí...

Se encargó de eso el sargento. Obligó a todas las mujeres a alinearse junto al mostrador.

Sally no estaba entre ellas.

Quise preguntar a todas aquellas mujeres indiferentes, averiguar si alguna había visto a Sally abandonar el local y si lo había hecho sola, pero el teniente Kane me empujó rudamente hacia la salida, mientras el sargento y el policía que me había seguido se encargaban de los matones.

El aire de la noche me despejó la mente, pero no alivió en nada el infierno de dolor que dominaba mi cuerpo.

Kane estaba satisfecho. Cuando me obligó a entrar en su coche comentó:

—Esta vez me gustará ver cómo se las arregla para llamar a su diligente picapleitos, Milton.

—Creo que no lo necesito ya, teniente.

Y era cierto. Si no me equivocaba, había llegado el momento de jugar mi triunfo, tan celosamente guardado hasta entonces. Después, me las entendería con el gran Sodaro.

Si todavía estaba vivo, naturalmente.

CAPITULO VIII

Igual que la vez anterior, Kane procedió a preparar meticulosamente el tampón de goma.

Extendió la tinta y se entretuvo con el rodillo sin dejar de hablar.

—El testigo se ha ratificado en su primitiva declaración —repitió una vez más—. Y está dispuesto a testificar ante el jurado, Milton. ¿Se da cuenta? Es suficiente para sustentar la acusación, aunque la base de ésta son las hermosas huellas que hemos guardado durante siete años...

—¿Por qué no cierra el pico de una maldita vez? Necesito un médico.

—Seguro, seguro, ya lo han llamado.

Dejó de deslizar el rodillo. Tras asegurarse que sus manos no estaban manchadas de tinta, procedió a extraer unas fichas en blanco que extendió sobre la mesa. Cada una llevaba impresa la indicación de la mano izquierda o derecha y los correspondientes dedos.

—Venga aquí, tipo listo.

Abandoné la silla cansadamente. Los dolores se agudizaron.

En aquel momento entró el sargento Draper, quien anunció:

—El doctor llegará aquí dentro de pocos minutos.

Kane me sujetó los dedos uno a uno y procedió a estampar cuidadosamente cada huella en su ficha. Quedaron nítidas y claras.

—¿Qué le parece? —exclamó—. Hasta un niño podría distinguir los detalles de cada dedo...

—Ocúpese de distinguirlos usted. ¿Con qué me limpio los dedos ahora, polizone?

Me miró con una sonrisa triunfal. Con voz burlonamente amable me sugirió:

—Puede limpiárselos con el fondillo de sus pantalones.

Fue a sacar el dossier del archivador metálico. Suspiró, lleno de felicidad, y después se entretuvo en colocar las fichas en que estaban

registradas las huellas dactilares de Matt Milton. Sólo había siete fichas, todas las que habían podido reunir cuando investigaron el asesinato del teniente Cruze.

Kane comprobó a qué dedo correspondía cada una y fue colocándolas emparejadas con las que acababa de tomar.

—Ajá —runruneó satisfecho—. Cuando el fiscal las presente al jurado... Ahora podemos interrogarle a fondo, Milton, y por Dios vivo que lo voy a hacer de tal manera que me pedirá que le deje hablar como un favor especial...

—Asegúrese de lo que hace, teniente, antes de hacer el ridículo.

Me examinó un tanto desconcertado. El sargento Draper encendió un cigarrillo y tomó un par de fichas distraídamente. Las estuvo examinando mientras su jefe se encaraba conmigo.

—Su actitud es absurda —me espetó—. Sabe que está hundido hasta el cuello en esta acusación. Tenemos esa colección de huellas, sacadas de la pistola y otros efectos suyos.

Y el testimonio de su presencia en el lugar del crimen poco antes de que se cometiera...

¿Qué es lo que espera...? ¿Qué le saque su abogado por segunda vez?

Por el rabillo del ojo observé al sargento. Había dejado a un lado su aire distraído y examinaba las dos fichas con creciente ansiedad.

Finalmente, el cigarrillo escapó de sus labios y cayó al suelo. El ni siquiera lo advirtió.

El teniente empezó a decir:

—Bueno, ya veo que pretende hacer las cosas difíciles...

—Teniente...

La voz del sargento fue una especie de balido. Kane se volvió, con un respingo, hacia Draper.

—¿Qué le pasa a usted ahora, sargento?

—Estas fichas...

—Bueno, son dactiloscópicas, ¿no? ¿Qué ve de raro en ellas?

—No... no se comprenden.

—Tonterías. Son las huellas de Matt Milton, tan seguro como que me llamo Kane. Yo mismo saqué las de la pistola.

—Pero, teniente. ¡Son distintas de las que acaba de tomar ahora! —aulló al fin como si le faltara aire.

Kane lo miró de mala manera. Yo me recosté en la silla y aguardé.

Finalmente, el teniente comprendió que la actitud de su subordinado obedecía a algo más que a un mal entendido y le arrebató las fichas de las manos. Instintivamente murmuró, leyendo:

—Mano: derecha. Dedo: índice... Y en esta nueva igual, derecha y dedo índice. ¿Qué es eso de que no se corresponden, sargento?

—Examine las huellas.

Lo hizo. Notó la anomalía al primer vistazo y su rostro comenzó a teñirse de rojo.

Después, a medida que comprendía el alcance de aquel hecho, fue palideciendo hasta quedar tan blanco como el yeso.

Cuando levantó la mirada, su rostro se había puesto verde.

—¿Qué significa esto, Milton?

—¿A qué se refiere?

Me restregó las dos cartulinas por las narices y bramó:

—¡Son distintas! ¿Qué truco ha puesto en práctica, condenado bastardo?

—No sé de qué truco está hablando, teniente. Usted mismo acaba de estampar mis huellas una a una. No hay error posible.

—¡Maldito sea! Esas huellas no son las mismas de las fichas antiguas... las que encontramos en el arma homicida, en su coche y en su documentación... Es... es absurdo...

—Tal vez aquéllas no eran las mías, teniente.

—¡Tonterías! ¿De quién iban a ser? Su licencia de conductor está clara, y el volante de su coche...

Me encogí de hombros. El pobre hombre estaba hecho un lío de todos los diablos. El estaba seguro de que las huellas primitivas pertenecían a Matt Milton. Y sin embargo, eran distintas a las mías.

—Enséñeme los dedos —ordenó.

Le mostré mis dedos, todavía sucios a pesar de haber echado a perder mi pañuelo de

bolsillo al limpiarlos. El los examinó uno a uno, buscando las cicatrices de una operación, o vaya usted a saber qué buscaba realmente.

Cuando se convenció de que allí no había trampa ni cartón, acabó de perder la calma.

Se derrumbó sobre su sillón y desde el otro lado de la mesa me miró largamente.

—Explíqueme cómo lo ha conseguido. No haga que me ponga rudo, Milton..., será mejor para todos. ¿Cómo se las ha arreglado para conseguir ese cambio?

—Yo no he hecho ningún cambio. ¿Puede especificar la acusación que piensa plantear contra mí?

En lugar de responder, dejó escapar un bufido y apiló las fichas en dos grupos: las viejas y las nuevas. Después gruñó:

—Voy a entrevistarme con el fiscal, sargento. No se mueva usted de aquí y vigile bien a este pájaro. Si trata de escapar puede pegarle un tiro sin vacilaciones.

Draper asintió, satisfecho por aquella oportunidad. Kane salió como una tromba. Tan pronto como se hubo cerrado la puerta, el sargento habló con voz baja:

—Mire, Milton; cuénteme cómo lo ha conseguido y le doy mi palabra de honor que no lo revelaré a nadie. Sólo cuéntemelo... estoy asombrado y si no fuera que lo he visto con mis propios ojos no podría creerlo.

—No tengo nada que decir.

—Vamos, Milton.

Afortunadamente, la llegada del médico acabó con el forcejeo verbal.

Era el mismo doctor que me había aplicado los puntos la vez anterior y tan pronto me vio hizo una mueca de asombro antes de fulminar con la mirada al sargento.

Este se defendió con voz débil.

—En ésta ocasión nada tenemos que ver con los desperfectos de su «cliente», doc.

—¿Es eso cierto?

—Seguro, doctor. Me han atizado fuera de aquí.

—Por lo visto anda usted buscando que lo maten...

Examinó el boquete de mi cráneo, resopló indignado, y anunció que me habían saltado dos puntos y que la herida se había abierto de nuevo.

Tras esto procedió a desinfectarla y me curó concienzudamente. No me aplicó el vendaje, sino que colocó un parche sujeto con cinta adhesiva y hecho esto examinó las señales de los demás golpes que estaban a la vista.

—¿Con qué le han golpeado el cuello?

—Con una manopla de bronce, ya sabe, uno de esos puños metálicos.

—Afortunadamente, parece que no le han dado de lleno...

—En el cuello no, pero sí en otros lugares.

—De momento vamos a dejarlo como está, pero espero que venga a mi consultorio para un examen a fondo. Sería conveniente mirar el cráneo por rayos X, ¿comprende?

—Veré si tengo tiempo cuando me suelten.

Se largó con su eterno mal humor. El sargento se mantuvo callado un rato, pero antes que pudiera iniciar la misma historia de antes, me adelanté:

—¿Qué piensan hacer con los matones que han peleado conmigo?

—Eso es cosa del teniente. Ellos alegan que usted les atacó primero y tuvieron que defenderse.

—¡Qué cosas! Y, naturalmente, la policía va a darles crédito, a pesar del puño de bronce y de que les han encontrado un par de cuchillos en el bolsillo. ¿Quién está detrás de ellos, sargento?

Apretó los labios. Fue una manera como otra cualquiera de tenerlo callado.

El teniente regresó una hora más tarde, cuando ya había acabado mis cigarrillos y la impaciencia se adueñaba de mí.

A juzgar por su cara las noticias que traía no eran nada halagüeñas. Con voz sorda, dijo:

—Empiece a hablar, Milton. Yo sé que usted mató a Cruze y usted también lo sabe. No voy a soltarle por ese truco de las huellas. El fiscal está decidido a seguir adelante con la acusación, de manera que nada ha cambiado.

—Pamplinas. Usted y el fiscal saben perfectamente que no tienen ninguna base para la acusación. No pretenda ahora tirarme de la lengua con ese cuento.

Pareció que tragaba algo muy amargo. Entonces lo espeté:

—¿No se le ha ocurrido pensar alguna vez que pudo ser otro quien matara a su amigo, Kane?

Sacudió la cabeza cansadamente.

—Fue usted —machacó—. Y yo juré que vengaría a Cruze y lo haré así, aunque me cueste la renuncia.

—Si se empeña en seguir portándose como un estúpido le costará algo más, teniente.

Yo no maté a Cruze.

Algo debió notar en mi voz que le obligó a enfrentarse conmigo con los ojos centelleantes.

—No pudo ser otro, maldito sea usted. Sé que acudió a casa de Cruze a las nueve menos cuarto. Los vecinos escucharon un disparo a las nueve menos dos minutos y el forense certificó que ésa era la hora que Cruze había muerto. Además, usted tenía motivos para acabar con él, ¿no es así? El teniente había abofeteado a su hermana en presencia de cincuenta personas, llamándola todo lo sucio que puede decirse de

una mujer... Usted le culpó de lo sucedido con la muchacha, después.

—Creo que si él no la hubiese abandonado, Sally no se hubiera hundido como lo hizo.

—Y por eso lo mató, ¿eh, Milton?

—No lo hice, teniente. ¿Por qué no utiliza el cerebro aunque sólo sea por una vez? Jay Cruze era un policía insobornable, íntegro, ¿no es verdad?

—Efectivamente.

—Okey. Tal vez a alguien le estorbaba. Entonces estaba organizándose el imperio del vicio en la ciudad, con Sodaro dando la cara por los cabecillas...

Hizo un gesto de desdén.

—Eso no pasa de inútil palabrería. Esa gentuza, cuando alguien les estorba, lo hacen desaparecer y asunto concluido. Jamás logramos reunir pruebas suficientes para acusarlos. Habrían terminado con Cruze si ése hubiese sido su plan.

—No es lo mismo asesinar a un cualquiera que a un teniente de la policía. Eso siempre levanta una polvareda y en aquellas fechas no eran todavía bastante poderosos para enfrentarse a un escándalo semejante.

—Resumiendo, que usted pretende desviar las sospechas hacia Sodaro.

—O hacia los que eran sus jefes en aquel entonces.

—Mire, déjese de estupideces. Sabemos que el asesino fue usted impulsado por el rencor. No puedo comprender qué truco ha utilizado para confundir las huellas, pero lo descubriré a no tardar y entonces le ajustaré las cuentas de una vez por todas.

—No puedo impedir que se obstine en perder el tiempo.

—Veremos. Acabo de remitir una copia de todas las fichas a la policía federal. Veremos a quién pertenecen las viejas...

Esbocé una sonrisa de burla.

—A Matt Milton —dije.

—¿Sabe lo que opino, tipo listo? Que usted se valió de alguien, un forastero al que pagó, para que dejase sus impresiones digitales en el revólver y en los demás lugares donde nosotros pudiésemos encontrarlas fácilmente. De esta manera, cuando usted, pasado algún tiempo se presentase aquí, podría reírse de los pobres policías. ¿Qué me dice ahora?

—¿Y la documentación? No es tan fácil falsificarla.

Eso le dejó sin respuesta. Me levanté de la silla medio encorvado y andando como un viejo de ochenta años.

—Si eso es todo lo que tiene que decirme, Kane, me largo al hotel. Necesito una cama cómoda y blanda inmediatamente.

Estuvo mirándome unos segundos, dudando entre soltarme o someterme al tercer grado. Afortunadamente para mí, comprendió que iba a meterse en un lío de todos los diablos si lo hacía sin otra base que las huellas incompatibles.

—Puede irse —dijo entre dientes.

Ya desde la puerta, me volví y pregunté:

—¿Le gustaría acabar con Sodaro, teniente?

—Después de verle entrar a usted en la cámara de gas, es lo que más deseo en este mundo.

—Bueno, tal vez lo consiga si se quita las telarañas del cerebro.

Salí cerrando la puerta a mis espaldas.

Me negué a pensar en nada durante mi vuelta al hotel. Lo único que en aquellos momentos tenía importancia para mí, era meterme en la cama. Mi cuerpo lo reclamaba a gritos.

CAPITULO IX

Sodaro, el gran cacique del crimen, el rey del vicio, el ciudadano más encumbrado de la

«buena sociedad» de Gardenville, habitaba un palacio espectacular en la cumbre de una colina, a un par de millas fuera de la ciudad.

Allí daba sus fiestas a esa sociedad de rastreros aduladores, capaces de cerrar los ojos a todas las degradaciones con tal de que los dólares siguieran entrando en sus arcas. Cele-braba tremendas orgías a las que sólo asistían los más acaudalados amigos del hampón y legiones de muchachas arrastradas al vicio astutamente.

Y, según pude averiguar, era también entre aquellas paredes, en el segundo piso, donde tenía su cuartel general.

También poseía un par de lujosas oficinas en el centro, aunque apenas si ponía los pies en ellas una vez al mes para examinar las cuentas de sus apoderados.

Desde un grupo de árboles observé la lujosa residencia durante la mayor parte de la tarde. De vez en cuando, un guardián daba vueltas por el jardín, comprobaba que las rejas de la verja estaban sólidamente cerradas y regresaba a la casa.

A las siete y media, cuando ya la luz del anochecer apenas si permitía distinguir los detalles, un magnífico Lincoln gris perla rutilante de cromados, maniobró delante de la puerta. Sodaro y dos de sus guardaespaldas se instalaron en el enorme vehículo. Otro perro de presa tomó el volante y se perdieron de vista rumbo a la ciudad.

Según había podido calcular a lo largo de mi observación, quedaban dos hombres en la casa. Si quería intentar algo, aquélla era la ocasión de hacerlo.

Saltar la verja de hierro fue cosa de niños. Sólo cuando estuve al otro lado descubrí algo que me erizó el pelo. Había unos cables que surgían de la tierra y, a través de unas co-nexiones, terminaban en la reja. Afortunadamente, sólo debían electrificarla durante la noche con corriente de alto voltaje. Debería tenerlo en cuenta a la hora de escapar.

El césped ahogó mis pasos, de manera que conseguí llegar cerca del edificio sin ser descubierto. En aquel instante se abrió la puerta y el

guardián de turno salió para hacer su ronda. Según había cronometrado antes, tardaba de ocho a diez minutos en recorrer la verja para examinar las puertas. Era el tiempo que me concedía para sorprender al que quedaba en el interior.

Así que tan pronto el guardián hubo desaparecido de mi vista, me colé dentro de la casa y comencé la búsqueda. Hasta que no descubrí el paradero del pistolero no eché mano a la automática calibre «32» que había sacado del fondo de mi maleta.

El hombre estaba arrellanado en un confortable butacón viendo un programa de televisión. La gruesa alfombra le impidió oír mis pasos cuando me acerqué a él, y ni tan sólo se enteró de mi presencia cuando le descargué tal culatazo, que la fuerza del golpe le arrojó fuera de su cómodo asiento.

Hube de colocarlo nuevamente como señuelo para el otro, que entró confiadamente.

Tenía una voz bronca y profunda.

—Todo en orden —anunció—. Estas rondas me parecen algo estúpido.

Avanzó dos pasos en el interior de la estancia. Antes de que diera el tercero, me aparté de la pared y le propiné otro batacazo que no tenía nada que envidiar ai de su

compañero.

Tras esto arranqué un cortinaje, lo convertí en tiras y dejé a los dos mastines sólidamente amarrados y amordazados.

No perdí el tiempo registrando la planta baja. En el primer piso descubrí un cuarto de baño rutilante y varios dormitorios de lujo.

Era en el segundo donde estaba lo que realmente me interesaba, de manera que no me detuve hasta localizar el despacho y allí me dediqué a la búsqueda minuciosa de cualquier cosa que pudiera servir para mis propósitos.

Encontré una caja fuerte empotrada en la pared. Comprendí que era incapaz de abrir aquel artefacto y no me ocupé de él, concentrando mis esfuerzos en la mesa escritorio.

Perdí más de una hora revisando cada papel, cada anotación que encontré. Nada contenía el menor interés para mí.

Desalentado, examiné el resto de los muebles con el mismo resultado negativo. Me había jugado el cuello para nada.

Abandoné el segundo piso y volví al primero. Un rápido vistazo a los armarios me permitió saber cuál era el de Sodaro. Había unos cincuenta trajes impecables, brillantes zapatos en soportes de metal, una montaña de camisas de seda cuidadosamente planchadas...

Lo registré también esparciendo toda aquella ropa por el suelo. No tenía ninguna necesidad de disimular mi paso por la casa.

Después, pacientemente, revisé los bolsillos de la colección de trajes. Un descuido puede tenerlo cualquiera y supuse que Sodaro, en ese aspecto, era tan humano como los demás mortales.

En uno de los últimos bolsillos en que metí la mano encontré una pequeña hoja de papel con unas líneas escritas a mano:

«El hotel Silver Range está en venta. Presiona al propietario y cómpralo al contado.

Puedes llegar hastaseiscientos mil, aunque él pide mucho más. Pero tú sabes como convencer a la gente, Al.»

No había firma y la hoja había sido arrancada de un bloc de bolsillo.

Doblé el papel y lo guardé en mi cartera. Después de todo, había alguien por encima de Sodaro, un cerebro privilegiado que era el que había planeado todo el imperio del vicio...

y del crimen, todo el fabuloso tinglado al frente del cual aparecía Sodaro como único reyezuelo. Un cerebro que desde la sombra dirigía las operaciones del vasto mundo fi-nanciero que dominaba la ciudad...

Por lo menos, no había perdido la tarde.

Abandoné la casa sin dejarme ver por los dos guardianes, si es que había recobrado el conocimiento. Esta vez salí por la puerta de la verja dejándola abierta, seguro de que, a su regreso, Al Sodaro se llevaría un berrinche cuando viera el paso franco.

Recorrí las dos millas y pico que separaban la casa de los barrios extremos de Gardenville. Anduve sin dejar de pensar, esforzándome por recordar palabras escuchadas con todos mis sentidos alerta unos meses atrás, tratando de encajarlas con lo que yo imaginaba y todo ello, revuelto, con lo que había ido descubriendo durante mi corta

estancia en la ciudad.

Paré un taxi y me hice conducir a casa de Nora. Había llegado el momento de comenzar a poner las cartas boca arriba y debía comenzar por ella, aunque la sola idea de lo que iba a suceder ponía corrientes de hielo en mi sangre. El sabor de sus besos, el calor de su piel y los estremecimientos de su cuerpo seguían latentes en mí despertando en lo más profundo de mi ser unas sensaciones desconocidas hasta entonces.

Igual que la noche anterior, sus brazos se enroscaron en mi cuello y permaneció unos segundos pegada a mí, sus labios muy cerca de los míos, mirándome. Había chispas de luz en el fondo de sus inmensas pupilas.

—Es inútil —musitó con una sonrisa.

—¿A qué te refieres?

—No puedo descubrir qué es lo que ha cambiado tanto en ti, amor. Pero ahora ya sé que te prefiero tal como eres.

Noté una sacudida en todas las fibras de mi cuerpo. Ella me ofreció los labios y la besé con la misma pasión violenta de la primera vez.

No obstante, la aparté de mí a los pocos segundos y me acerqué al bar portátil a fin de darle la espalda mientras preparaba una abundante dosis de whisky. Desde allí le dije:

—Hay algo que debo confesarte, Nora. No puedo seguir engañándote por más tiempo.

Escuché como se aceleraba su respiración.

—¿Engañándome?

—Tú has notado lo que llamas cambios en mí, ¿no es cierto?

—Ya te lo he dicho, pero no comprendo que eso importe mucho. Sé que eres distinto, más fuerte, más violento tal vez... y más ardiente en tu manera de hacer el amor. Esos cambios no pueden molestarme en modo alguno, Matt...

—No son cambios, querida.

Me enderecé con el vaso en la mano. Bebí para darme ánimos en el momento que ella preguntaba:

—¿Qué son entonces?

—Yo no soy Matt Milton.

Reinó un corto silencio. Después, ella avanzó hasta colocarse a mi espalda, casi rozándome. Su voz quiso ser alegre cuando dijo:

—Pretendes burlarte de mí, Matt...

Despacio, giré para darle la cara. Estaba tan hermosa, que mis fuerzas flaquearon. Sus labios temblaban y deseé besarlos salvajemente, con todas las ansias de mi ser.

—No es ninguna burla, Nora —continué—. Lamento decírtelo, pero Matt Milton murió hace cuatro meses.

—Pero no es posible. Tú eres Matt... No puedo haberme engañado hasta ese extremo...

—Llevabas siete años sin verlo. En realidad, si nos hubieses visto juntos hubieras apreciado claras diferencias entre los dos. Sin embargo, nos parecíamos de manera asombrosa. Sólo necesité cambiar mi manera de peinarme, afeitarme el bigote y adoptar unos ademanes diferentes a los míos y me convertí en Matt Milton. Las diferencias que tú has advertido son las que no has podido corregir porque no sabía como era él en esos aspectos.

—Sigo sin creerte, aunque no alcanzo a comprender tus propósitos. Si todo el mundo te

ha reconocido, incluso la policía...

—Todos los que me han reconocido esperaban que cayera en sus manos. La policía estaba ansiosa por echarme el guante. Deseaban creer que al fin yo mismo me había colocado a su alcance. Incluso Sally me tomó por su hermano, aunque ella no está en condiciones de distinguir muy claramente lo que la rodea. Las drogas han atrofiado sus sentidos. Pero incluso así advirtió algunas anomalías... también me encontró «cambiado».

—Si eso es cierto, ¿por qué esa comedia?

—Es una larga historia, querida. He venido a contártela porque no sé si tendré otra ocasión de hacerlo.

—Te has burlado de mí —susurró con amargura—. Tus besos, tus

caricias de estas noches... fingiendo que me amabas...

—En eso no he tenido que fingir, Nora. Te quiero realmente y cuanto ha sucedido entre los dos ha sido absolutamente sincero por mi parte. Creo que... que te quería incluso antes de conocerte, sólo por lo que Matt me contó de ti.

Parpadeó. Las lágrimas retenidas en sus ojos temblaron. Apuré el whisky y dejé el vaso en la mesita.

—Créeme —insistí—. No he tenido que fingir contigo...

—Matt...

—Mi nombre es Ben Rogers, Nora.

Aprisioné sus manos entre las mías y la miré a los ojos. Las lágrimas seguían estando allí para hacerlos todavía más hermosos. Poco a poco, incliné la cabeza y busqué sus labios temiendo que ella se apartase y rehuyera el beso.

No sucedió así, sino que su boca vibró bajo la mía y todo volvió a su sitio. Por lo menos, en eso había vencido.

La llevé junto a mí sobre el diván sin soltar sus manos.

Ella susurró:

—Cuéntamelo todo, Ben... ¡Qué raro me parece llamarte así... viéndote!

—Deberás acostumbrarte de ahora en adelante.

—¿Qué le sucedió a Matt?

—Le conocí hace casi un año en Extremo Oriente. Ambos trabajábamos para una empresa petrolera. El día que nos encontramos por primera vez fue en el desierto. Yo había tenido una avería en mi camión, él se dirigía a los pozos en un jeep y se detuvo para prestarme ayuda. Te aseguro que los dos nos quedamos mudos de estupor al vernos. A partir de aquel día trabamos una excelente amistad. En aquellos lugares de gente ruda, dura y sin escrúpulos, un amigo de verdad es el mejor tesoro del mundo.

—¿Te contó qué le había impulsado a huir de aquí?

—No lo hizo hasta poco antes de morir. El... Matt, murió por mi culpa

de una manera horrible.

Mi voz se hizo ronca y callé. Ella presionó mi mano y eso me animó a seguir.

—Lo compartíamos todo. Trabajo, diversiones, el bungalow y el dinero... Hace cuatro meses, poco más o menos, él me pidió cambiar su turno de trabajo conmigo. Tenía...

bueno, había una chica que le gustaba y la había citado para aquella tarde,

¿comprendes?

—Sigue.

—Le dije que sí, naturalmente. Yo no tenía nada que hacer, de manera que me quedé con su turno. Uno de los pozos había aumentado de presión de manera alarmante y me encargaron estudiar un nuevo tipo de válvula de salida, más potente. Su presión de gas era cada vez más amenazadora. Bueno, no hay necesidad de entrar en detalles. Conseguí la nueva válvula y cuando, ayudado por un mecánico, me disponía a instalarla, el maldito tubo salió lanzado como un cohete a causa de la presión, destrozó parte de la torre y ésta se vino abajo... aprisionándome con uno de sus ángulos. Quedé igual que un insecto atrapado bajo el palo de un niño.

—¡Dios mío, Ben!

—Se dio la alarma, todo el mundo acudió y nadie se atrevía a meterse dentro del gigantesco surtidor de petróleo que brotaba del suelo como un «géiser» de más de cien metros de altura. El ángulo de hierro que me inmovilizaba no me había causado más que ligeros rasguños, pero el petróleo amenazaba con ahogarme allí debajo. Matt fue uno de los últimos en llegar porque había estado acicalándose para su cita...

—¿Cómo pudiste escapar de allí. Ben? —susurró, casi temblando.

—Fue él quien se metió dentro de la catarata de petróleo con su traje nuevo. Comenzó a luchar con los hierros para librarme y entre tanto, gritaba como un loco llamando a los demás. Dos hombres acudieron en nuestra ayuda y entre todos lograron mover la pieza de metal lo suficiente para que pudiera deslizarme fuera de aquella trampa. Yo estaba medio ahogado por el petróleo y el gas, y con todo el cuerpo dolorido. Uno de los que había acudido me sacó de allí casi desvanecido... y entonces todo estalló.

—¿Explotó el pozo?

—No. Fue el chorro líquido el que se inflamó. El gas que brotaba se incendió con una espantosa llamarada. Yo creo que al soltar los hierros, Matt y el otro lo hicieron con demasiada brusquedad, saltó una chispa y fue suficiente para que el gas ardiera igual que el mismo infierno...

—Y Matt... estaba allí.

—Sí —dije con voz apagada—. Salió de entre las llamas convertido en una antorcha viviente. Todos caímos sobre él y conseguimos apagarlo en pocos segundos..., pero ya era demasiado tarde. Tardó tres días en morir en el hospital.

Nora se estremeció y durante unos segundos ninguno de los dos habló. Luego, fue ella la que murmuró:

—Comprendo. Fue en el hospital donde te contó su historia...

—Exactamente. El sabía que iba a morir. Tenía una larga experiencia como petrolero.

Me contó cómo le habían acusado de asesinato, cómo una camarilla de hampones se había instalado aquí y cómo uno de ellos había seducido a su hermana, convirtiéndola en una cualquiera... Me relató la escena de la fiesta, cuando Cruze abofeteó a Sally...

—¿Te dijo que él había matado al teniente Cruze?

—No, al contrario. Juró que era inocente. Por eso me pidió que viniera, que me hiciera pasar por él y tratase de saber la verdad.

—Pero si era inocente, ¿por qué huyó?

—Matt creía que era Sally quién había matado a Cruze. Cuando él acudió a casa de éste, lo encontró muerto. Se asustó y salió corriendo. Después supo que habían encontrado su revólver junto al cadáver con las huellas muy claras... y pensó que Sally se había

apoderado del arma. Prefirió cargar con la acusación de asesinato para salvar a la muchacha.

—¡Dios, cuánto debió sufrir!

—En realidad, lo tomó bastante bien, excepto lo de Sally. Eso le amargaba la vida. Me rogó que viniera y si descubría que ella era

realmente quién había cometido el crimen, debía callar y desaparecer sin dejar ningún rastro. Pero si Sally tampoco había disparado...

bueno, mi deber era reivindicar la memoria de Matt. Era la manera de pagarle lo que había hecho por mí.

—Comprendo, Ben..., pero es tan espantoso... ¿Crees que fue Sally quién mató a su ex novio?

—No. He pensado mucho sobre eso. Primero en Nueva York, donde pasé un par de meses antes de decidirme. Estudié el asunto, me procuré periódicos de aquella época, hablé con reporteros de la capital del Estado... Yo pienso que Cruze era un estorbo para la naciente camarilla de criminales que habían acabado por dominar a la ciudad, pero no podían matarlo descaradamente sin provocar un tremendo escándalo... Un teniente de policía no es un cualquiera. Y ellos, en aquellos días, no eran todavía demasiado poderosos.

—Creo que comprendo tu idea, Ben... Tú crees que se valieron de Sally para hacerse con el revólver y tramar la comedia involucrando a Matt, ¿no es así?

—Poco más o menos, así debió de ocurrir. Consiguieron librarse de un policía incorruptible y peligroso para sus planes sin arriesgar nada.

—¿Crees que fue... Sodaro?

—No sé si lo hizo él o no, pero es indudable que intervino en la maquinación, ya que fue el encargado de atraer a esa cabeza loca de Sally. ¿Sabes? La vi anoche... me estremecí al comprobar lo que han hecho con esa pobre muchacha. Si pudiera llevarla a un sanatorio... Ella hereda el dinero de Matt, y el importe del seguro, casi doscientos mil dólares.

—¿Se lo dijiste a ella?

—Sí.

—¿Y qué?

—No quiso escucharme. Después se fue al lavabo y desapareció. Ya no volví a verla.

—Que raro...

—Bueno, tuve una pelea con los matones del local. Tal vez se asustó y

escapó de allí.

¿Tú sabes dónde vive?

—No, se negó a decírmelo cuando la vi por última vez.

—Tendré que buscarla de nuevo.

—¿Has revelado todo eso a la policía, Ben?

—Todavía no. están rompiéndose los sesos para descubrir cómo Matt Milton puede haberse cambiado las huellas dactilares... No lo descubrirán hasta que les llegue la respuesta de Washington y entonces ya no importará nada.

—¿Qué quieres decir?

—Sodaro.

—¡Ben!

—Cálmate.

La abracé. Mis labios cayeron una vez más sobre los suyos. La amargura de los recuerdos se esfumó al contacto de su boca, y para nosotros no existió más mundo que aquella habitación, ni pasado ni futuro; sólo los instantes que ambos vivíamos en la interminable caricia que nos fundía el uno con el otro.

Incluso Sodaro podía esperar.

CAPITULO X

Pero el maldito no esperó.

La primera noticia que tuvimos de que no estábamos solos, fue una voz burlona que dijo:

—Una escena enternedora. No se interrumpan por nosotros.

Pegué un salto y quedé de pie fuera del diván. Vi a los dos hombres plantados en la puerta de la salita y los reconocí al instante. Los había visto aquella misma tarde desde mi observatorio de la colina.

Sodaro y uno de sus pistoleros. Ninguno de los dos empuñaba arma alguna, pero el matarife a sueldo mantenía la mano muy cerca de la solapa de la americana.

Sodaro era el que había hablado.

Detrás de mí, Nora dejó escapar una ahogada exclamación de temor. Eso hizo feliz al gran hombre.

—Soy Al Sodaro —se presentó con voz burlona—. Me ha costado encontrarle, Milton.

—Me ahorra el trabajo de buscarle —repliqué, conteniendo a duras penas el furor que estaba apoderándose de mí—. Lo que no me explico es cómo ha dado conmigo.

—Cuestión de eliminación. He pensado los posibles lugares donde podría localizarle y he comenzado a probar. Sólo cuando he recordado que en los viejos tiempos usted y esa paloma andaban haciendo el tonto juntos, se me ha ocurrido probar aquí.

—Ya me habían dicho que usted no era ningún tonto. Ahora tal vez me diga por qué tiene tanto interés en encontrarme, ¿sí?

—Eso es otra demostración de mi inteligencia. He encontrado a dos de mis hombres atados y amordazados, en mi propia casa. Alguien les había golpeado con tanta fuerza, que uno de ellos tiene el cráneo fracturado. No creo que viva. El otro ha tenido más suerte. Tras esto he visto las huellas del evidente registro y me he puesto a pensar en los posibles asaltantes.

—Ya veo. Cuestión de eliminación también, ¿eh?

—Algo así. Sé que no hay nadie que se atreva a hacer algo semejante. Todos me temen demasiado para intentarlo siquiera. Forzosamente debía tratarse de un forastero... y usted hace sólo dos días que está aquí. Decidí que valía la pena comprobarlo.

—Perfecto razonamiento, Sodaro. ¿Qué sigue ahora?

—Todo es sencillo. Necesito hablar extensamente con usted, y como imagino que no me tiene simpatía voy a llevarle con nosotros. Naturalmente, esa preciosa paloma deberá acompañarnos para que no empiece a alborotar antes de tiempo.

O era un hombre sin nervios o confiaba ciegamente en su guardaespaldas. No parecía prestarme ninguna atención especial. Se limitaba a exponer unos hechos, seguro de que sería obedecido sin rechistar. Ventajas del poder.

Sacó un cigarrillo y lo encendió con calma. Supe que aquello era mi sentencia de muerte y la de Nora. No podía dejar tras sí un testigo semejante. Iban a darnos el

«paseo».

—¿Adónde piensa llevarnos, Sodaro?

—A mi casa, naturalmente. Allí nadie nos molestará.

—¿Piensa traer también a Sally a esa reunión?

El gorila que estaba detrás del «gran hombre» no pudo contener una risita burlona.

Sodaro le fulminó con la mirada y el hombre palideció de golpe.

Sentí como si el suelo temblase bajo mis pies. Sin necesidad de ninguna palabra, interpreté aquella mímica con su significado más siniestro.

Apenas si reconocí mi voz cuando pregunté:

—¿Dónde está Sally, Sodaro?

Se encogió de hombros.

—Por ahí, ya sabe...

—¿Dónde?

Enarcó las cejas. Movié la cabeza en un gesto convenido y el gorila esgrimió su revólver sin necesidad de más aclaraciones.

—Creo que tiene usted derecho a saberlo —dijo el gran hombre con voz incolora—. Su pobre hermana ha sufrido un accidente. Un lamentable accidente.

La certidumbre de que yo había acertado en mis sospechas me dejó helado. De las profundidades de la mente surgió el recuerdo de Matt, su cuerpo abrasado, monstruoso y negro, y su amor por la hermana que había dejado atrás. Su interés en pedirme que la protegiera, si realmente era ella quien había cometido el crimen por el cual él había sido acusado...

Y ahora estaba muerta. Yo le había fallado a Matt.

No obstante, logré dominarme todavía con un terrible esfuerzo de voluntad.

—La ha asesinado —dije.

—Eso es manera desagradable de decirlo, Milton.

—¿Por qué, Sodaro?

—Ya sabe... las mujeres siempre son peligrosas. Nunca saben cuando tienen que callar.

—Usted temía que ella pudiera delatarle, ¿no es cierto? Sally podía decir que usted fue el verdadero asesino de Jay Cruze...

Se echó a reír. Tenía un dominio asombroso de sus nervios.

—Se equivoca, Milton. Yo no maté a Cruze. Digamos que facilité los elementos para el crimen, solamente.

—Seguro. La pistola, el aparente motivo de Matt Milton para cometer el crimen.

—«Su» motivo, amigo.

Aspiré aire hasta que me dolieron los pulmones. Supe que no podría contenerme mucho tiempo más, pero la presencia de Nora era un estorbo para la acción desesperada que deseaba emprender.

Todavía conseguí preguntar:

—¿Quién cometió el crimen, Sodaro, su jefe?

—¿Qué jefe?

—No me salga con ésas. He encontrado una pequeña nota en uno de sus trajes. En ella, alguien le da instrucciones... Ese hombre es el auténtico cerebro de su imperio criminal.

Usted se limita a cumplir sus órdenes, claro que mediante su crecido porcentaje...

Sus ojos se achicaron por primera vez.

—¿Sabe usted? Nunca creí que pudiera ser tan peligroso, Milton. Yo le recordaba como a un muchacho un tanto ingenuo...

—Matt lo era, Sodaro. Pero Matt está muerto. Murió abrasado en una explosión

petrolífera en Arabia.

—¿Qué?

Incluso el pistolero acusó el asombro, la incredulidad más patente. Era lo que yo había estado esperando. Capté el leve desconcierto en su actitud. Les costaría algunas décimas de segundo más de lo normal reaccionar, de manera que salté hacia atrás con el solo propósito de derribar el diván para que sirviera de parapeto a Nora. Cuando el mueble y ella rodaron por el suelo sonó el primer disparo. Hizo polvo un jarrón decorativo que había en un rincón.

Rodé sobre mí mismo, ya con la automática en la mano. Mi primer disparo obligó al pistolero a retroceder en busca de protección a la habitación vecina. Jamás llegó a ella porque mi segunda bala le dio en mitad de la cara y el tipo dio una voltereta antes de caer atravesado en el umbral,

Sodaro se había dejado caer detrás de una butaca. Desde allí anunció con asombrosa calma:

—No se haga ilusiones, Milton, o quién demonios sea usted. Quedan dos de mis hombres en el coche. Acudirán al oír los disparos.

—Ya lo sé.

Eché un vistazo al diván. De momento, Nora estaba fuera de peligro inmediato.

Calculé que uno de los pistoleros, por lo menos, trataría de sorprendernos por la espalda, o sea, por la ventana. Me acurruqué detrás de la mesa que me servía de parapeto y vigilé la ventana hasta que vi la silueta de una cabeza asomar precavidamente al otro lado del cristal.

Le mandé un plomo sin dudarle un segundo. El cristal saltó en pedazos, la cara pareció deshacerse con la misma facilidad que el cristal y hubo un enemigo menos.

—Ya sólo le queda uno, Sodaro —dije.

Ahogó una maldición. Por primera vez comenzaba a perder su escalofriante sangre fría.

El último pistolero se acercó por el interior de la casa. Su primer balazo entró zumbando, pero sin objetivo fijo, sólo para mantenernos quietos. Comenzó a extrañarme que Sodaro no tomara parte en la batalla, hasta que caí en la cuenta de que semejantes bastardos no acostumbran a ir armados para evitarse posibles complicaciones con la ley.

Las pistolas las dejan para sus matarifes.

Atisé por un ángulo de la mesa. Durante varios segundos todo permaneció en calma.

Después, una masa oscura saltó ágilmente al otro lado del umbral para buscar una posición más ventajosa desde la que freímos.

Fue un error por su parte. Todavía estaba en el aire, en medio del salto, cuando mi bala le alcanzó de lleno de manera que cuando cayó al suelo estaba muerto.

Eso dio al traste con los nervios de Sodaro. Retrocedió amparándose con la butaca, arrastrándola con él. Esperé, seguro que tendría que dejar su trinchera para salvar el obstáculo que representaba el pistolero muerto en el umbral.

Cuando se decidió a correr el riesgo, sólo tuve que apretar el disparador para verlo retorcerse en el aire como un derviche. Después se desplomó sobre su «torpedo» y quedó inmóvil.

Me levanté pesadamente. Nora gimió:

—¿Estás herido, Ben?

—No, pero no te muevas de ahí todavía.

Me acerqué a Sodaro y le di vuelta con el pie. Todavía conservaba un soplo de vida que pronto se apagaría. Me incliné sobre él y le insté:

—Dígame quién es el jefe, Sodaro. Usted va a morir dejándole a él todo el imperio que usted ha montado...

Movió los labios. Un hilillo de sangre se deslizó de su boca. Hizo un esfuerzo tremendo y logró decir:

—¡Váyase... al in...fierno...!

Su cabeza cayó a un lado. Entonces percibí las agudas sirenas de la policía acercándose hasta detenerse frente a la casa con un chillido de

neumáticos.

Nora corrió hacia mis brazos cuando vio que me levantaba. Así nos encontraron los patrulleros que irrumpieron en la casa con los revólveres empuñados.

Aquello se convirtió en un huracán de voces, órdenes, preguntas y amenazas. Todo lo que dije fue que llamasen al teniente Kane. Después de eso enderecé el diván y Nora se sentó tratando de no mirar a los cuerpos que se desangraban sobre las alfombras.

—¿Cómo te sientes, querida? —le susurró al oído.

—No me costaría nada desmayarme, Ben... Creí morir... y creí que iban a matarte.

—Bueno, ésa era su idea general, incluyéndote a ti en la fiesta también. Ahora cierra tu hermosa boquita y no digas una palabra hasta que yo te autorice.

Obedeció. Yo adopté la misma actitud hasta que llegó Kane, escoltado por su inseparable sargento Draper.

Su mirada desorbitada por el asombro recorrió el cuadro que tenía ante sí. Después, se acercó a mí y graznó:

—Usted los ha liquidado, ¿no es cierto, Milton?

—Seguro.

—Ajá. Ahora ya mata en serie, ¿eh? Me pregunto qué triquiñuela habrá imaginado para salirse de ésta.

—Caray, teniente. Está claro, defensa propia. Cuatro pistoleros reconocidos contra mí y Nora. Iban a darnos el paseo. ¿Qué quería usted que hiciera, darles facilidades?

Le conté toda la escena que se había desarrollado con Sodaro, incluyendo los motivos que éste había tenido para buscarme con tanta saña. Y al fin dije:

—La prueba de que pensaba matarnos, Kane, es que no ha tenido inconveniente en decirnos que han asesinado a Sally. ¿Se da cuenta? Ella, con mi presencia a su lado, podía decidirse a revelar ío que sabe del asesinato de Cruze.

—Eso lo sé yo también.

—No sea más zoquete de lo que aparenta —le apostrofé, indignado—. Nora es testigo que Sodaro ha confesado que planeó y procuró el arma homicida valiéndose de Sally, aunque ella no supo qué tramaba hasta que ya fue un hecho consumado. Después, la mantuvo amordazada por medio de las drogas.

Finalmente pareció interesarse por el asunto. Comenzó a disparar una serie de preguntas a las que respondí sin vacilar.

Cuando terminé gruñó:

—Pero no le ha dicho quién era su jefe, ¿eh?

—No.

—Es una lástima..., pero por lo menos hemos librado a la ciudad de esa alimaña. Todos sus pistoleros caerán ahora, faltos de dirección.

—Creo que si hace una buena limpieza va a hacerse muy impopular, Kane. Los comerciantes creerán que atenta contra sus bolsillos.

—Que se vayan al diablo. Vamos, salgamos de aquí... Lo lamento por usted —le dijo a Nora—, pero no podrá pasar la noche en su casa.

—No importa...

La atajé sin dejarla terminar.

—Te quedarás en mi hotel, linda.

Ella me miró. El teniente soltó un carraspeo y gruñó:

—Les llevaré en mi coche. Tenemos mucho que hablar todavía.

Hablamos durante el trayecto. Apenas si dio crédito sobre mi historia y Matt, solamente la realidad de las huellas dactilares le convencieron al fin y estuvo un buen rato gruñendo, furioso por no haberle puesto al corriente de la verdad desde el principio.

—Me habría evitado usted que hiciera el ridículo —se quejó.

—No podía hacerlo hasta que estuviera seguro del terreno que pisaba.

Entró con nosotros al vestíbulo del hotel, para aprovechar hasta el final el tiempo de disparar preguntas y más preguntas.

El conserje me llamó, entregándome un sobre.

—Este caballero ha estado aquí esta tarde, señor Milton. Al fin me ha dejado esta nota para usted.

Abrí el sobre. Era una nota del abogado Nash recriminándome por mi falta de formalidad al no acudir a su despacho. Acababa citándome para la mañana siguiente y preguntaba si debía considerarse que no me interesaba su asesoramiento legal.

—No puedo decir que haya quedado como un caballero con el picapleitos...

Me interrumpí súbitamente, mientras un largo estremecimiento me dejaba paralizado.

Incluso el teniente refunfuñó:

—¿Qué le pasa ahora?

Saqué la nota encontrada en el bolsillo de Sodaro. La letra era idéntica a la misiva del abogado.

—¡Hubert Nash! —exclamé sin aliento.

Kane inquirió:

—¿Qué pasa con el picapleitos?

—¡Es nuestro hombre, teniente! —balbuceé—. Fíjese en estas dos notas...

Le conté atropelladamente dónde había encontrado la primera. Poco a poco, la verdad se abrió camino entre mis palabras y el teniente casi tembló de excitación.

—¡Ya lo tenemos! —aulló—. El más sucio cerebro criminal del vicio... ¡Vamos, sargento!

Ni siquiera se despidieron de nosotros. Salieron como balas, y unos segundos después su coche se alejó con un tremendo rugido del motor.

Nora se apretó contra mi.

—¿Qué piensas hacer ahora, Ben?

—¿Tú qué crees?

Tomé la llave de mi habitación. El conserje nos miró socarronamente.

Yo dije:

—A partir de mañana, prepárenos una habitación doble...



PUNTO ROJO
intriga...

PUNTO ROJO
misterio...

PUNTO ROJO
suspense...

PUNTO ROJO
acción...

PUNTO ROJO

1 1 7 3 6

9 788402 025135

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

—¿Mañana?

—Eso es. Hoy no importa. Una noche se pasa de cualquier manera...

Disimuló una sonrisa. Era cierto; una noche puede pasarse de cualquier manera...

F I N